



JULIA

el odio conduce a la destrucción

MANUEL PÉREZ

JULIA

el odio conduce a la destrucción

MANUEL PÉREZ

Febrero, 2019

Para Menchu, fuente de inspiración

Gracias a Fernanda Pardo, por su paciencia para corregirme.

«hoy vas a conquistar el cielo

Sin mirar lo alto que está del suelo...»

PRÓLOGO

La noche se presenta desapacible.

Llueve y sopla el viento: hay temporal.

El automóvil avanza, poderoso, retando a la cortina de agua que cae sobre él. Los limpiaparabrisas apenas pueden desplazar las ráfagas que dificultan la visión. Pero a los ocupantes, no parece importarles...

El hombre maneja el volante con una mano mientras con la otra acaricia la rodilla de la mujer que va a su lado. Con suavidad, como midiendo cada centímetro de piel, avanza en su caricia... introduce la mano por debajo del vestido, mientras ella se acomoda para facilitar la acción...

Los relámpagos van repitiéndose, cada vez con menos intervalos, los truenos hacen temblar los cristales del vehículo. La luz de los faros se difumina en el horizonte y en el negro asfalto sólo ilumina los charcos que se están formando, por momentos más grandes... El hombre ya ha alcanzado la meta. Su mano acaricia la entrepierna de la mujer, que se ha subido el vestido, dejando libre sus muslos.

Con la atención más puesta en el recorrido de su mano que en la carretera, apenas se fija en las señales de tráfico. Hay una de reducción de velocidad, de curva peligrosa...

Cuando el instinto le hace reaccionar pisa el pedal del freno, sin resultado. Pisa a fondo otra vez...Agarra fuerte el volante con las dos manos. Este movimiento brusco hace que el automóvil se desvíe hacia su izquierda.

Quiere rectificar y lo gira hacia el lado contrario, pero el agua embalsada en la carretera hace que la máquina patine. Intenta frenar otra vez, en vano; el pedal dá en vacío.

Con violencia mueve el volante hacia la izquierda, hacia la derecha, tratando de dominarlo...

La curva aparece; al otro lado de la barrera metálica árboles que desfilan velozmente; los haces de luz iluminando sus gruesos troncos...

No hay tiempo de enderezar más. El costado derecho choca con la barrera haciendo que el auto dé un brinco con la parte trasera.

La mujer grita, desesperada, mientras el hombre es incapaz de hacer nada; no obedece ningún mando con el vehículo casi vertical. El impulso que toma hace que salve la barrera, embistiendo a los árboles...

El brutal impacto devuelve el coche a la carretera, botando sobre el mojado asfalto y haciéndolo girar sobre su eje una, dos, tres veces...hasta llegar al otro lado del camino, donde lo esperan otra fila de árboles...

El estruendo se mezcla con un trueno que acompaña el impacto. Cientos de trocitos de cristal vuelan, brillando al cortar la lluvia que arrecia.

Todo ha pasado en cuestión de segundos. Luego el silencio. Sólo el agua que golpea con furia el amasijo de chapa que queda del poderoso automóvil...



CAPITULO I

CARLOS

El timbre del teléfono me despertó.

En mi subconsciente llevaba sonando hacía rato, pero no lo relacionaba con la realidad: lo estaba soñando.

Con los ojos semicerrados, alargué la mano en la oscuridad hacia donde sabía que lo había dejado: allí, encima de la mesa, junto al teclado del ordenador.

Estuve escribiendo, mejor dicho: intentando escribir el primer capítulo de mi nueva novela, pero no conseguía hilar dos renglones seguidos. Su recuerdo me tenía obsesionado hasta el punto de que sólo oía sus últimas palabras martilleando en mi cerebro una y otra vez: “Carlos, no puedo más, no puedo seguir así, es imposible continuar con esta situación...”

Cada martillazo lo contrarrestaba con un trago de whisky y, en la misma medida que iba intentando asimilar sus palabras, iba vaciando la botella...Hasta que caí dormido sobre la mesa.

Al alargar el brazo para coger el teléfono móvil, mis dedos tropezaron con la botella, volcándola y golpeando contra el vaso, lo que hizo que me despejara algo más, aunque mi mente seguía turbia y espesa.

Y justo cuando encontré el dichoso teléfono, éste dejó de sonar. Maldije al aparato y a quien hubiera llamado, y me maldije a mí mismo por no haberme sabido controlar.

Miré mi reloj de pulsera, obsequio de Julia por mi cumpleaños, aunque esto no lo supiera nadie, (dije que me lo regalé yo): ví que sólo habían transcurrido cinco horas desde que cerré los ojos, derrotado por el alcohol. Y siete desde que hablé con ella por última vez.

Habíamos estado hablando sobre ello toda la tarde: le prometí, le juré que pronto daría fin a la relación con mi mujer, no la amaba, no nos amábamos; estábamos abocados al divorcio. Pero todo dependía de un acuerdo, que Mamen, mi esposa, no aceptaba.

Deseaba exprimirme al máximo. Quería vengarse de su debilidad para conmigo.

Julia iba a dejar a su marido, es una mujer con fuerte mentalidad, sabe lo que quiere. Y esperaba de mí la misma fortaleza.

Pero ella tenía la ventaja de que no encontraba oposición para el divorcio, y yo la desventaja del odio de Mamen. Hacía mí y hacia Julia desde que supo de nuestra relación.

* * *

Conocí a Julia una tarde gris, fría y ventosa:

Yo estaba terminando de corregir algunos aspectos de un relato recién acabado. Al mirar hacia la ventana me sentí algo deprimido: contemplar el paisaje triste que dejaba ver me decidió a tomarme un respiro.

Mi mujer, Mamen, había salido a reunirse con unas amigas. Una reunión más de las que a diario celebraban, me dijo que volvería para la cena, así que tenía como mínimo un par de horas

para salir y tomarme una copa y refrescarme la cabeza.

Al salir del portal, una ráfaga de viento barrió la calle, arrastrando las hojas caídas y levantándolas en vuelo rasante. Me tapé el cuello con las solapas de la chaqueta, agaché la cabeza y comencé a andar.

Al dar el primer paso, tropecé con algo:

Levanté la cabeza y la ví, envuelta en su abrigo gris, un pañuelo a rayas azules cubriéndole el cabello, sofocando un grito e intentando inclinarse a recoger algo que se le había caído de las manos por mor del encontronazo.

Lo primero de lo que tuve conciencia fueron sus piernas, embutidas en un pantalón negro ajustado, terminadas en unas botas de piel vuelta.

Con rapidez alcé la vista, farfullando disculpas y, enseguida, me agaché a recoger lo que se le había escapado de las manos: unos sobres voluminosos que le devolví acompañados de mis disculpas:

—Perdón, lo siento mucho, es que he salido sin mirar, huyendo del viento...

—No se preocupe, yo también iba distraída, trato de encontrar un taxi...

Ahora si tuve tiempo de fijarme en ella: ni alta ni baja, calculo 1,70 o así. Su pelo, el poco que le salía bajo el pañuelo y que bailaba en su frente al vaivén del viento, era claro, sus ojos almendrados se estrechaban al intentar sonreírme, marcándole unas pequeñitas arrugas. Su nariz era proporcionada al tamaño de su cara, pómulos marcados, la frente ancha denotaba inteligencia. Su boca, roja, natural, sin pintar, carnosita, fruncida en un mohín de desagrado.

El conjunto era bello, así me lo pareció en los segundos que tuve mientras le entregaba los sobres recogidos del suelo. De su cuerpo no veía nada, bien cubierto con el abrigo, pero se adivinaba esbelto, proporcionado...

Al percatarse de que la estaba estudiando, me sentí avergonzado por mi descaro, y me disculpé de un modo algo confuso, sin mucho tino.

Reinicé mi camino, pero, al tercer paso, me giré hacia ella y desanduve lo andado:

—No creo que encuentre taxi por aquí, no hay parada próxima y no suelen ser muy habituales. Si me permite, y para que me perdone el susto, me ofrezco a llevarla donde quiera. Iba a coger mi coche, que está ahí aparcado, ¿ve aquél BMW rojo? Me disponía a tomar un café. Pero sería un verdadero placer y un honor acercarla a donde se dirigía.

—¡No, por Dios! no ha sido nada. Se lo agradezco. Pero no quiero molestarle.

—No es ninguna molestia. Además, no está la tarde como para andar a pie por ningún sitio.

—Bueno...en eso tiene razón —titubeó y, sonriéndome, prosiguió—: acepto, pero con la condición de que sea yo quien lo invite...

—¡Magnífico! Por mí, encantado. La voy a llevar a un sitio que le va a gustar.

Le abrí la puerta del automóvil, luego me acomodé ante el volante y, antes de arrancar, me presenté:

—Me llamo Carlos, Carlos García, escritor, periodista por encargo...—acompañé la presentación con una amplia sonrisa.

Sonreía también.

—Yo soy Julia, ama de casa.

Mientras hablaba se desprendió del pañuelo que le cubría la cabeza, dejando caer a ambos lados de su rostro una cascada de cabellos rubios. Sacudió suavemente la cabeza y un perfume embriagador llenó el interior del vehículo. Lo aspiré entrecerrando los ojos mientras daba el contacto. Perfume caro, pero discreto.

—¿Ama de casa? Luego está casada. Yo también, hace seis años ya. Pero sin hijos.

—¡Qué casualidad! Yo también hace seis años y tampoco tengo hijos. Mi marido tiene problemas...

—Nosotros no los tenemos porque mi mujer dice que es muy joven para encerrarse en casa con pequeñajos...

Decidí llevarla a la cafetería que me servía de refugio en mis tardes estériles de inspiración y hacia allá nos dirigimos.

Durante el trayecto, apenas diez minutos, no hablamos. Yo pendiente del tráfico y alguna mirada con el rabillo del ojo, admirando su perfil. Ella, ojeando su teléfono móvil. Pero cuando veía que estaba atento a la conducción, también me repasaba con la vista. Hice como que no me daba cuenta.

Se había desabrochado el abrigo por lo que pude ver como se ajustaba a sus pechos el suéter de lana a rayas blancas y grises. Lo que podía ver de sus piernas, hasta las rodillas, me parecían bien torneadas, con el pantalón o mallas bien ajustado.

Me gustó lo que veía, pero me concentré en el tráfico hasta que llegáramos a nuestro destino. A pocos metros ya, busqué un sitio para estacionar y lo encontré justo enfrente de la puerta de “Cafetería La Biblioteca”.

Tenía ésta unos grandes ventanales y eso me gustaba, porque me sentaba junto a uno de ellos y podía seguir la vida de la calle y me servía de inspiración. Me apeé, y, cortésmente, abrí su puerta; cuando se incorporó, volvió a envolverme aquella ola de perfume caro. Su cabello rozó mi mano apoyada en el techo del BMW, haciendo que un escalofrío recorriera mi espalda.

Al cruzar la calzada, casi por instinto la así ligeramente del brazo sin que ella hiciera nada para evitarlo.

Entramos y nos dirigimos a la mesa que de forma habitual uso, junto a un gran ventanal, desde el que se podía ver casi toda la calle hasta perderse en un parque.

Le ayudé a despojarse del abrigo. La temperatura interior era agradable. Apenas había clientes en las mesas de alrededor, sólo unos pocos sentados en taburetes junto a la barra. Hasta el murmullo de conversaciones era agradable en aquél ambiente.

—Precioso lugar —comentó, mientras yo le acomodaba la silla y tomaba asiento— Y tranquilo...No lo conocía.

—Si. Este es mi refugio. Aquí vengo a olvidarme de las penas reales y a inspirarme para las imaginarias ¿Toma café?

—Sí, por favor, sólo.

A la camarera que se acercó solícita, le encargué: «uno solo para la señora, y con leche para mí, por favor».

—¿Me permite que la tutee? —me armé de valor antes de lanzar la pregunta.

—Claro, no somos tan mayores—su sonrisa dejó entrever una hilera de dientes bien alineados.

—Bueno, como te dije antes, soy escritor y, además, colaboro con algunos periódicos y revistas. Tengo algunos libros en el mercado, intentando vender, aunque en estos tiempos la gente lee poco; la televisión, el dichoso internet, las redes sociales...Pero no me quejo, mis artículos se publican casi todos los días, por lo menos gano para vivir bien.

Dí unos sorbos al café, y continué mi presentación:

—Me casé un 18 de abril, este año hará seis...

Sonriendo, rebuscó en uno de los bolsillos del abrigo, dejado caer sobre el respaldo de la silla, y sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—No se puede fumar—le advertí.

Con gesto de disgusto, volvió a introducir en el paquete el cigarrillo que había extraído.

—Me gusta este sitio, lástima de prohibición...En fin, aguantaré.

Probó su café.

—Ya te dije, mi nombre es Julia, y no hago nada, Ni en casa; hay poco que hacer. Mi vida es bastante aburrida. Yo me casé un 19 pero de mayo, también va a hacer seis años, como tú...

Al hablarme, sonreía con la roja boca y con sus ojos, brillantes a la luz de las lámparas, estrechándolos. En sus mejillas se marcaban dos hoyuelos. En un gesto que hizo echando la cabeza hacia atrás, alisándose el cabello, pude ver un cuello liso, sin nada de arrugas, bien redondeado, y un lunar debajo de la barbilla.

Me reafirmo. Me gustó lo que veía. Sentí un cosquilleo que me subió desde los pies hasta el pecho, me estremecí, aunque traté de disimularlo.

Aparté la vista y la fijé en el cristal del ventanal, que ahora me servía de espejo, para contemplarla de perfil. Me parecía muy hermosa...Presté atención a lo que me decía:

—...iba a entregar estos documentos —y señaló los sobres encima del mármol de la mesa— a un despacho de abogados. Estamos arreglando testamentos y cosas de dinero, Digo estamos, mi marido y yo...Queremos que esté todo claro —miró su reloj—. Pero es igual, ya los llevaré mañana; es que me agobio en casa, sola, y decidí dar el paseo para llevarlos.

Recorrió con la vista el local, asintiendo con la cabeza con suavidad, demostrando su aprobación.

—Me gusta, es tranquilo y acogedor. ¿Vienes mucho?

—Casi todos los días —asentí mientras señalaba el amplio ventanal—. Me relajo mirando ahí fuera; hago apuntes, me inspiro. Me abstraigo de los problemas. Ahora ando tomando notas para una próxima novela, un drama amoroso.

Dio el último sorbo a su café y yo apuré el mío...

Volvió a mirar su reloj.

—Bueno, Carlos, ha sido un placer, pero me tengo que marchar. No tengo preparada cena, y por la tarde no va la asistente. Además, tampoco me gusta estar muy de noche fuera. Me acuesto temprano...

Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, su perfume me envolvió...

—¿Sabes? Le doy las gracias a Dios, al destino, o a quien sea, por mandar el viento en el momento oportuno.

Su risa llenó el aire del local

—Parece mentira como suceden las cosas; pero, si te digo la verdad, yo también me alegro de haber tropezado y tenido la ocasión de conocerte.

—Yo estoy encantado del tropezón —nos reímos los dos—. Y ahora dime donde quieres que te deje, que con sumo gusto lo hago.

Al salir, una ráfaga de aire frío nos hizo retroceder un momento, abrigarnos bien el cuello y taparnos la boca. Rápidos, cruzamos hasta el coche y nos acomodamos. Al preguntarle su dirección, respiré tranquilo, sabía dónde era. Así evitaba tener que ir preguntando por donde debía ir.

En quince minutos, llegamos a su domicilio, un barrio de casas todas iguales, de ladrillo rojo, con amplias ventanas y tejados a dos aguas. Algunas con la chimenea humeante, y todas con jardín, Me indicó la suya, pero me pidió que la dejara un poco más alejada, no quería chismorreos de las vecinas por verla llegar en auto extraño. Así lo hice.

Antes de bajar, intercambiamos los números de teléfonos.

—Llámame cuando quieras, estoy sola todo el día. La empleada casi ni me ve... Y adiós, no quiero robarte más tiempo.

Salió del vehículo y, al cerrar la portezuela, se inclinó y me lanzó una mirada intensa, me sonrió y me saludó con la mano. Le devolví la mirada, la sonrisa y el saludo. Por el espejo retrovisor la ví alejarse y perderse en una esquina.

Puse la velocidad y aceleré, alejándome...

CAPITULO II

Volvió a sonar el teléfono y eso me sacó de mi abstracción, me hizo volver a la realidad. Sacudí la cabeza y contesté a la llamada.

Era el encargado de la edición digital del periódico, que necesitaba mi columna, un artículo o un cuento, algo para rellenar media página. Le prometí que en diez minutos lo tendría en su ordenador y corté la comunicación. Rebusqué en los cajones del escritorio; tenía bastantes artículos guardados, antiguos y menos antiguos, algunos ensayos y bocetos de cuentos. Alguno podría servir para la ocasión. Encontré un artículo sobre el aborto, a favor, claro, escrito cuatro años atrás. Recé para que no lo hubiera leído antes, lo trasladé al ordenador y lo envié, vía e-mail.

Bueno, una cosa resuelta.

Me levanté desperezándome y me fui directo a la ducha. Me llevé un buen rato bajo el agua, hasta que me sentí por completo despejado. Después, en la cocina, me serví un café bien cargado, y me dirigí hasta el dormitorio.

Allí estaba Mamen, dormida, con las sábanas desordenadas, una pierna desnuda colgando por el costado del colchón, un brazo bajo la almohada, su pelo rubio revuelto tapándole la cara.

Sin hacer ruido, busqué en el armario una camisa y unos pantalones. Los coloqué encima del espacio libre de la cama y me dispuse a vestir.

Mamen ocupaba todo el lecho, hacia algunos meses ya que dormía sola. A mí no me apetecía tener contacto con ella, no me gustaba la idea de despertar y encontrarme su rostro frente a mí. Procuraba quedarme trabajando en el ordenador hasta que sabía que estaba dormida, así yo podía echar unas horas en el sofá de la salita, o, como anoche, sobre la mesa de trabajo.

Normalmente, me levantaba dolorido por la incomodidad de mis lugares de descanso, pero enseguida cogía el ritmo. Terminé acostumbrándome.

Desde que mi relación con Julia pasó a tener sexo todos los días, o casi todos, aborrecí por completo las caricias de Mamen, me fui volviendo incapaz de tener contacto físico con ella, más allá de un beso al salir y otro al entrar.

Me sentía tan de Julia, tan suyo, que no levantaba en mi ninguna sensación verla desnuda, ni siquiera de tener sexo para desahogar el cuerpo.

* * *

Nuestro matrimonio fue un error.

Mamen trabaja en uno de los periódicos donde colaboro. La ví un día que pasé a recoger mi cheque. Nunca me fijé en ella.

Pero ese día, tras pasar por Caja, decidí hacerle una visita al Jefe de Redacción, amigo de siempre, y al que no veía hacía tiempo.

Y allí estaba Mamen, atendiendo al teléfono; me hizo señas de que esperara, y cuando terminó de hablar me preguntó:

—Hola, ¿qué desea?

Yo pensé que, o era nueva o nunca me había visto por allí. Y le contesté:

—Hola, vengo a ver a Enrique San Juan. Somos colegas, yo también trabajo aquí.

Se quedó un poco sorprendida, y al momento, reaccionó:

—¡Ah! Perdona, nunca te había visto por aquí. ¿De qué sección eres? Es que Don Enrique no quiere que le molesten, y me encargó que pare a todo el que venga a verle.

—No pasa nada, le dices que está aquí su amigo García, y verás que pronto me recibe... ¡Caramba, con Enriquito! Ya es Don, y con secretaria –le dediqué una risita— ¡cómo prospera!

Avisó a mi amigo y, a los pocos segundos, se abrió la puerta de su despacho y me hizo entrar. Enrique era un tipo rechoncho, casi de la misma edad que yo, pero avejentado por la calvicie y la barriga sobresaliente. Siempre con un puro en la boca, la mayoría del tiempo apagado. Antiguo camarada del colegio, del Instituto y después de la Facultad de Periodismo. Siempre unidos, profesándonos un afecto eterno.

Tras un buen rato conversando de cosas del periódico y de algún chiste, me despedí de él y salí del despacho.

Mamen estaba escribiendo algo en el ordenador, levantó la vista y me dijo: “lo siento, las órdenes son las órdenes”.

Le sonreí, procurando poner mi cara más simpática y le contesté que no tenía ninguna importancia, que lo entendía. Camino de la salida, al pasar por la estruendosa sala de redacción, con voces y carreras, tecleos rápidos, alcancé a ver en una mesa ocupada por una chica unas cuantas rosas amarillas en un vaso con agua. Sin pensarlo, me acerqué, y tras pedirle permiso le cogí una y volví sobre mis pasos hasta plantarme delante de la mesa de Mamen.

Esta continuaba con su trabajo y apenas levantó la vista. Le puse la rosa encima del teclado y se quedó mirándome, con los ojos muy abiertos.

—Me llamo Carlos, estoy soltero y sin compromiso y acabo de cobrar, así que me gustaría invitarte a comer, cuando termines ¡Y no acepto un no!

Soltó una pequeña carcajada, olió la rosa, y, colocándosela en el escote, me dijo:

—Vale. Si no me das otra opción...Termino a las tres. Yo soy Mamen, pero me conocen por Mimi...

—Perfecto, cobro el cheque y regreso. Eres muy guapa, sí, señora... Mimi... ¡me gusta!

CAPITULO III

Un trueno me sacó de mi ensimismamiento y despertó a Mamen.

—¡Buenos días! —saludó y yo gruñí algo parecido. Terminé de vestirme y me dispuse a tomarme otra taza de café para acabar de despejarme.

Desde la ventana, observé el cielo, gris plomizo, amenazando lluvia.

Mamen salió de la cama, estirando los brazos. Reflejada en el cristal de la ventana, la ví alzarse, desnuda, mostrándose provocativa, envolviéndose en un camisón.

No me atraía, pero he de reconocer que tenía un hermoso cuerpo; algo más baja que yo, pero bien proporcionada. Sin embargo, su rostro, que antes me parecía tan agradable, ahora me hacía sentir mal, lo encontraba, no diría que repulsivo, pero sí que me repelía, no podía remediarlo.

Hacía bastante tiempo que no nos besábamos, por lo menos un beso con amor, sólo alguno que otro en las mejillas, y siempre cuando estábamos delante de alguien, amigos o familia. Para cubrir las apariencias.

Ya he perdido la cuenta de la última vez que tuvimos sexo.

Se metió en el cuarto de baño y como sabía que tardaría bastante en salir, disfruté mi café despacio, tranquilo, saboreándolo, contemplando el movimiento de la calle desde la ventana de la habitación que utilizaba de despacho.

Algunas gotas comenzaron a salpicar los cristales. Es en estos momentos cuando echo de menos un cigarrillo, pero hacía años que lo dejé, y por nada del mundo volvería a caer.

Tenía que llamar a Julia, era necesario buscar soluciones, nos amábamos mucho para que acabáramos de esta manera. Pero antes hablaría con Mamen, una vez más: tenemos que poner fin a esto. No tiene sentido amar a una mujer y vivir forzado con otra, que solo piensa en gastar y gastar, en reuniones vanas; que solo piensa en ella.

—Qué día más triste se presenta. Ya estoy cansada de invierno.

No me había dado cuenta de su presencia, ensimismado en mis pensamientos. No contesté ni creo que esperara respuesta.

Me volví hacia ella y la miré de forma que quiso ser amistosa:

—Mamen, quiero divorciarme ya, no puedo esperar más, necesito recuperar mi vida. No soy feliz ni creo que tú lo seas...Tengo a mi abogado esperando que lo llame para iniciar los trámites. Todavía tenemos tiempo por delante para rehacer nuestras vidas...

Me miró, yo diría que había desprecio en esa mirada:

—Ya te he dicho mis condiciones. Lo quiero todo: piso, casa de la costa, coche...TODO. Y tu dinero. No estoy dispuesta a concederte nada. Si quieres el divorcio para irte con tu amiguita te va a costar muy caro. Cuando lo tengas todo escriturado a mi nombre lo hablamos. Mientras, no quiero saber nada...

Destilaba odio en cada una de sus palabras...odio hacia mí, hacia Julia...

Se dirigió hacia la puerta. Me sentí en aquel momento capaz de cualquier cosa, sentía mi pecho rugir, la rabia me subía por la garganta...Cerré los ojos, apretando los dientes y los

puños...Tomé aire y dejé que saliera, revoloteando el transparente camisón.

Algo tenía que hacer...Piensa, Carlos, piensa...

Cuando me quedé solo, tomé asiento ante mi mesa, busqué en el ordenador las fotografías guardadas de Julia y me puse a mirarlas.

Mi mente voló hacia aquella primera cita, dos años antes.

Aquella mañana...

* * *

...Cogí el teléfono, busqué su número y llamé.

Al cuarto tono su voz me llenó de música eloído y al mismo tiempo, noté un nudo en el estómago...

—¡Vaya, Carlos! Cuánto tiempo ¿Qué tal estás?

—¡Hola, Julia! Bien ¿y tú? Es que estaba aquí, peleándome con las teclas y, no sé por qué, pensando en ti...

No era cosa de decirle que llevaba mucho tiempo pensando en ella, queriendo y, al mismo tiempo, temiendo llamarla...

—... Pues verás, es que no me salen ideas para escribir, no tengo nada más que hacer, y pensé en ti, me dije: la llamo por si quiere dar un paseo o tomar algo por ahí...

—¡Ah, mira qué bien! Tenía pensado salir a ver algunas cosillas que quiero comprar...ya sabes, cosas de mujeres: trapitos—oí su risa —Dame una hora, que todavía estoy en pijama. Si te parece bien, quedamos en la cafetería donde tú vas...¿cómo se llama...?

—La Biblioteca.

—¡Eso! Supongo que un taxi sabrá llegar...

—Seguro, es conocida, la calle Rui Pérez. Yo te espero allí, salgo ya que no quiero que me ganes... ¡ah! y me alegro de que aceptes, me temía un no.

—¡No, por favor! Acepto con gusto. ¿Y sabes? Pensaba llamarte uno de estos días para saber si habías comenzado el drama amoroso que me comentaste. Así que, mira por donde, resulta que estamos en sintonía...Bueno, me preparo y salgo, nos vemos luego...

Sentí los nervios bailando en el estómago, el nudo bajaba y subía...y pensé: ¿serán éstas las famosas «mariposas en la barriga»?

CAPITULO IV

MAMEN (Mimí)...

Ella seguía a su ritmo. De soltera su vida era del trabajo a su casa, donde vivía con su madre, viuda. Algún fin de semana a la playa, en verano, o a la montaña si era invierno. Hasta que murió su madre.

A partir de ese día, quiso comerse el mundo en dos bocados. Lo mismo que hacía yo, lo experimentó ella...Noches locas queriendo gastar la vida, quemarla...

Cuando nos casamos, mantuvimos ese ritmo durante un par de años, hasta que me cansé, ya no le encontraba alicientes, pero ella quería continuarlo. Y esto conducía, inexorablemente, a la discusión y, a muchas noches, la mayoría, conmigo en casa y Mamen en sus juergas nocturnas.

A mí, la verdad, no me apetecían ya nada estas salidas nocturnas. Y, poco a poco, poniendo excusas de trabajos urgentes, fui evitándolas. Ya había tenido bastante durante mi soltería... Amigos y copas, noches de borrachera y mañanas de resaca.

Días de trabajo sostenidos en pie a base de café y aspirinas...No, ya tuve bastante.

* * *

Mamen ya había salido. Tenía cita con alguien para una reunión o comida después del trabajo, no le presté mucha atención cuando me lo decía cerrando la puerta...

Me pasé toda la mañana escribiendo; algo adelanté para mi nueva novela. Cuando se me agotaron las ideas, me dí cuenta que era tiempo de comer.

Preparé un "suculento" almuerzo con los restos de días anteriores que encontré en el frigorífico. Con seguridad, si Mamen me ofrece este menú, se lo tiro a la cara, pero, con la euforia del empujón que le había dado a lo escrito y el hambre, me pareció manjar de reyes.

Con un poco de whisky, acomodado en mi sillón, dediqué la sobremesa a dejar pasar el tiempo. Por hoy, ya había trabajado bastante mi cabeza...

Casi sin enterarme, la modorra se adueñó de mí, en el vaso sólo tenía el agua del hielo derretido y en el reloj de la cocina dieron las seis. En nada, llegaría Mamen.

Ella comía cerca del periódico; casi todos los compañeros lo hacían allí. Si no le surgía ningún compromiso, si no se paraba a tomar un café, antes de las 7 estaría en casa.

Y eso es lo que hice yo, un café que me despejara la somnolencia. Aún sin terminar de beberme el café, la oí trastear con la llave en la cerradura, abrir y cerrar la puerta:

—¡Hola! ¿Estás ahí?

—¡Sí, cariño, en la cocina!

Nos encontramos en la puerta, nos dimos un beso rápido y, sin más, se metió en el baño.

—¡Madre de Dios! —desde el baño me habló, con voz entrecortada porque seguro que estaba desnudándose—. Cómo está el tráfico...Y, encima, tu amigo Enrique me ha entretenido a última hora porque quería que le pasara a limpio algunos artículos que tenía que mandar a Redacción y él no podía hacerlo, que lo esperaban en una reunión muy importante...

Oí el sonido del agua cayendo sobre la bañera.

—Me dio saludos para ti, dice que como ya no te hace falta dinero, no quieres saber nada del periódico...

—¡Pero si hace una semana que lo ví! ¿Vas a cenar o sigues con la dieta? —no contestó. Esperé unos segundos y abrí la puerta. Una bocanada de vapor me recibió. Me desnudé y en un instante estaba junto a ella bajo el agua caliente. Estaba de espaldas, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, dejando que el agua bañara su rostro.

Tomé el frasco del gel y fui esparciendo por sus pechos, su cuello, sus hombros...y después, lentamente, lo extendí haciendo que creciera la espuma. Mamen se dejaba hacer, sin abrir los ojos y yo seguí acariciando su cuerpo mojado, nos apretamos uno contra el otro; el agua caía entre los dos formando regueros a ambos lados, no cabía entre nuestros cuerpos...

Así estuvimos unos minutos, mudos, dejándonos mojar, sintiendo como mi miembro erecto rozaba su vientre...hasta que nos fundimos en un solo cuerpo.

Hicimos el amor una vez, salvajemente, continuando bajo el agua, sin separarnos, hasta que recuperamos aliento para repetir, ahora más pausado, disfrutando del momento...

Una vez que quedamos exhaustos y satisfechos, nos dimos el último remojón, entre risas. Nos secamos uno al otro, sin separarnos.

Cuando por fin salimos del baño, Mamen se dirigió al salón, encendió la televisión y se tumbó en su sofá. Yo tomé el camino de la cocina, tenía hambre y prepararía algo para cenar. Sólo, lo más probable, porque ella estaría ya dormida, como todos los días.

Cené viendo las noticias. Después vería una película, aunque me apetecía cerrar los ojos y dormir, dormir soñando con...Julia. Hubo momentos en la ducha en que se me subía su nombre a la boca, cerraba los ojos y la veía a ella...Se me venía a la mente aquéllos primeros encuentros...

CAPITULO V

JULIA...

Llegó en el tiempo que había dicho. Me encontró ya sentado en mi mesa habitual, con el café casi terminado, ojeando un periódico local.

—¡Buen día!

—¡Buen día! —contesté levantándome. Los dos besos con los que saludó me dejaron mudo unos segundos...Aquel perfume...

—Bueno, Carlos, ¿cuál es la propuesta? Quiero acercarme a alguna boutique, mi marido vá a organizar una reunión de constructores, algunos socios suyos...creo que van ministrables y no sé si alguna autoridad. Tengo que ir a tono —su sonrisa me deslumbraba.

—¿Has desayunado? ¿Te apetece algo?

—Solo un café. Ya desayuné en casa, me gusta hacerlo recién me levanto.

—¿A qué se dedica tu marido?

—Es constructor. Y la reunión es para convencer a sus socios sobre la compra de unos terrenos, cerca de Candas, junto a una Ciudad de Vacaciones que hay por allí. Tiene opciones, grandes opciones, de que le adjudiquen la licencia para construir varias urbanizaciones.

—¿Para cuándo sería?

—Creo que un par de semanas. La verdad que tampoco me lo ha dicho, lo sé porque lo oigo hablar por teléfono. No está muy comunicativo conmigo estos últimos días...

—Pues tomas el café y nos vamos. Te voy a asesorar.

Su risa me contagió.

Estuvimos toda la mañana de tienda en tienda: «ese te sienta bien», «no, te hace mayor», «qué guapa te ves», «ese color no me gusta nada...»

Después de tres horas, nos faltaban manos para llevar bolsas...

—¿Almorzamos? —más que una pregunta, era una afirmación. No tuve ninguna duda en aceptar.

En taxi, nos trasladamos a un restaurante junto a la Ria. Todavía no estaba al completo, por lo que pudimos elegir una mesa junto a un ventanal desde el que podíamos contemplar el ir y venir de barcas.

Entre plato y plato, me fue contando a grandes rasgos, la historia de su vida...

* * *

«Crecí sola, hija única. Mis padres tienen fincas, ganaderías, vacas. Lo que significa que producen leche, queso... Fabrican sidra...En fin, mucho trabajo, sin tiempo para dedicarlo a tener hijos. Yo creo que nací por equivocación.

Cuando tuve edad, me enviaron a un Internado en Gijón. Allí realicé todos mis estudios hasta que salí para la Universidad. Estudié Administración y Dirección de Empresas, como es lógico.

Mi padre me tiene guardada la dirección de sus negocios.

Allí conocí a Raúl, mi marido hoy...Él estudiaba Ingeniería. Nos conocimos en la cafetería, en la fila esperando los platos para almorzar. Estaba detrás de mí, no dejaba de bromear con compañeros, de vez en cuando se dirigía a mí, era simpático, me cayó bien.

Cuando nos llegó el turno de pagar, hubo un revuelo en la cola, alguien que no quería esperar, y algún empujón que otro...El caso es que, sin querer, volcó mi bandeja, la pasta y el filete, el agua...todo al suelo. Casi lloro. Pero reaccionó como debía. Me cedió su bandeja y pagó mi comida. Él se pidió otro menú. Cada vez que nos veíamos, recordábamos el incidente y terminábamos riendo.

A partir de ahí, nació una buena relación de amistad, era lo único que yo podía ofrecerle; quería terminar mis estudios y dedicarme a la empresa familiar.

Cada cierto tiempo, salíamos, tomábamos unas copas, o una cena, de vez en cuando una discoteca...cosas de amigos. Algún beso sí que hubo...

A los dos años de conocernos, se presentó una tarde en casa, sin avisar. Habló con mi padre y... ¡le pidió mi mano! Me solicitó en matrimonio, así, sin anestesia ni nada.

Mi padre, que siempre ha confiado en mí, me cedió la responsabilidad, y yo, inocente, acepté...Venía preparado, con su anillo de compromiso y todo. Con solemnidad, que me hacía reír, quizás por los nervios, se plantó ante mí delante de mis padres, se arrodilló, tomó mi mano y dijo las palabras de rigor: ¿Quieres casarte conmigo?

La emoción de mi madre, la ilusión de mi padre y mi desconcierto hicieron el resto. Acepté.

Nos casamos en plena primavera, imagina cuantas flores llenaban los macetones y bancos de la capilla que hizo mi padre levantar en el jardín de nuestra casa...

Ya había terminado su carrera, y gracias a los contactos de su familia, consiguió contratos de obras municipales, viviendas, y qué sé yo...Triunfaba y crecía su patrimonio. Se relacionaba con la alta sociedad. A mí me llevaba a reuniones y fiestas para presumir de mujer. Modestia aparte, estoy de buen ver, vistosa. Y todos lo felicitaban por tan linda esposa. Eso le ayudaba a crecer más y más. Se hizo poderoso.

Una noche, ya en la cama, me dijo que no podía tener hijos, era estéril. Hasta que no tuviera bien atado su futuro, no quería vástagos, que serían adoptados, por supuesto. Lo prefería así, porque podría lucir mi belleza en los eventos a los que me llevaba.

Me desilusionó, pero no me atreví a contradecirle, tenía muy mal carácter cuando se enojaba...Pensé que era joven y que unos años así, sin hijos, nos vendría bien para disfrutar de la vida...

Pero solo sirvió para ir distanciándonos un poco más cada día. Se pasaba las semanas fuera, sólo teníamos contacto telefónico.

Una de esas veces que me llamó, oí voces femeninas cerca de él, le pregunté, y me contestó que estaba reunido con altos cargos del gobierno del Principado. La excusa podía haber colado, pero por la forma de hablar, comprendí que me mentía...

Lo dejé así, no le pedí más explicaciones. A raíz de esa llamada, se volcó más en mí, más atento. Estuvo una buena temporada sin viajar, por lo menos viajes tan largos...

Hasta hace un año, más o menos, en que volvió a las andadas...»

* * *

—Y cada vez, peor...

Yo la había escuchado atento, asintiendo o negando con la cabeza, según conviniera.

—¿Y el amor?

Mi pregunta hizo que se le quedara fija la mirada en el horizonte, como pensando la respuesta.

—El amor...creo que por mi parte nunca fue tan fuerte como debiera y, por su parte, creo que nunca existió. Necesitaba tener a una gran mujer detrás para respaldar sus ofertas, aparentar una formalidad de actuación, presumir de mujer en resumen...

—No sé qué decirte, la verdad...pero tenemos vidas paralelas...Yo me casé con Mamen porque me sentía solo; me engañé y la engañé a ella. Pero a mi mujer le pasó al revés que a ti. El matrimonio le sirvió de lanzadera...Hace mucho tiempo que vive la vida a su manera, sale y entra cuando quiere, se reúne con quien le apetece...quizás hasta tenga algún amante por ahí, no sé, no pondría yo la mano en el fuego.

—Es triste vivir así, no nos lo merecemos...

—¿Y qué podemos hacer?

—Necesito fumar, salgamos, por favor.

Pedí la cuenta al camarero, y mientras la traía, ayudé a Julia a recoger bolsas, pero ella se levantó y me dijo que esperaba fuera, en la terraza que daba a la ría.

Una vez abonada la comida, como pude me hice cargo de todas las bolsas y salí en busca de Julia: estaba apoyada en la baranda de madera, mirando hacia el frente.

Me puse a su lado, Al mirar a su rostro, a través del humo que formaba una columna serpenteante desde el cigarrillo, pude ver como dos lágrimas caían por sus mejillas.

Me emocionó contemplarla así, y una ola de ternura subió desde mi corazón hasta mi boca, le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí. Su cabeza se giró, mostrándome sus ojos llorosos y su boca roja, tentadora. Un impulso incontenible me empujó a besarla. Mis labios apretaron los suyos, abrió su boca húmeda y mi lengua buscó su interior, mezclando salivas...Un beso interminable, eso me pareció a mí...

Al cabo de unos largos segundos, tuvimos que separarnos para tomar aliento. Me sonrió con dulzura al separar nuestros rostros y yo le busqué la mano.

Sin palabras, sólo hablando con los ojos, nos repartimos las bolsas y comenzamos a andar...

Esa tarde, después de dejar las compras en su casa, volvimos a encontrarnos. Localizamos un pequeño y discreto hotel. Entramos dispuestos a averiguar hasta donde podía llegar el amor que había nacido entre nosotros...

Al cerrar la puerta tras de mí, no le dí tiempo a soltar abrigo y bolso...la abracé, busqué su boca...Un intenso beso nos unió durante minutos, nuestras manos fueron explorando los cuerpos...

Sin hablar, mirándonos a los ojos, anduvimos enlazados por la cintura hasta alcanzar el borde del lecho.

Nos ayudamos a desnudar, nerviosos, sonrientes a ratos, tensos, dispuestos a apagar aquel fuego que nos hacía arder en la pasión...

Para mí fue como alcanzar el cielo, tocarlo...Nunca disfruté así del sexo, por completo diferente al de Mamen. No hubo lugar que no recorriéramos con los labios, una y otra vez, incansables...

No sé el tiempo transcurrido, pero nos pareció poco. Si no fuera por la oscuridad que se estaba adueñando de la habitación, hubiéramos seguido más y más.

—Nunca me sentí así —Julia se había abrazado a mí, desmadejada, lasa—.Te lo juro, Carlos, nunca pensé que pudiera existir el amor como lo hemos vivido...

La miré, sonriendo, todavía reponiéndome, la respiración agitada:

—Ha sido especial, para mí. Nada que ver con la relación con mi mujer...

Julia se volvió hacia la mesita de noche, y de su bolso sacó el paquete de tabaco, buscó un

cigarrillo y lo encendió, lanzando hacia el techo la primera bocanada de humo.

Sus pechos enhiestos apuntaban hacia arriba, las piernas abiertas dejaban ver su vientre y su vagina, roja por el esfuerzo realizado...

Acaricié su desnudez, besé sus pechos agitados, recorrí con mis manos sus caderas, sus redondos muslos, acaricié su sexo...

—Por favor, no sigas—susurró removiéndose de placer—nos tenemos que ir, mira que tarde se nos ha hecho.

A mi pesar, tras un largo beso con sabor a tabaco, me levanté y tiré de ella, nos metimos en la ducha y, con el agua, borramos las huellas de aquella intensa tarde de amor, pasión, sexo...

* * *

Estos encuentros se fueron repitiendo, un par de veces por semana. Decidimos alquilar un apartamento en un lugar lejano a nuestros domicilios. Nos serviría de nido de amor...

Y, casi sin darnos cuenta, acabó por ser habitual un encuentro diario, unas veces a media mañana, otras a media tarde.

Mamen sólo me dijo una vez que se alegraba que tuviera más trabajo: no sé cómo, se enteró que salía todos los días y no tuve otra excusa que alegar motivos de trabajo. Normalmente, lo desarrollaba en casa, delante del ordenador, pero ahora tomaba apuntes en la calle, en un bar... visitaba más periódicos buscando colaboraciones...

CAPITULO VI

—¿Carlos? —la llamada de Julia me sorprendió dispuesto a salir.

—Buenos días, hermosa mía, dime.

—No podía esperar a la tarde...Resulta que Raúl va a organizar una cacería, 5 o 6 parejas cómo mucho. He pensado que podías venir con tu mujer...Le dije que había encontrado a unos amigos, antiguos compañeros de la Universidad, y que quería invitarlos. No me puso pegas... ¿Qué me dices?

Una buena ocasión para estar cerca un fin de semana sin escondernos...

—Por mí, encantado, pero tendré que decírselo a Mamen, no sé si aceptará...

—No admito negativas, quiero estar contigo, así que procura convencer a tu mujer.

—Bueno, tenlo por seguro. ¿Nos vemos esta tarde? ¿Después de comer?

—Hoy no voy a poder, Raúl viene ahora a recogerme, nos vamos a la finca a preparar las escopetas y demás, quiere poner a punto el vestuario y concretar la cacería...Por eso te he llamado. Lo siento, sabes que necesito tu cuerpo, me das la vida con tu amor...Te amo, mi Carlos...

—Yo también te amo, y también te necesito, más que a nada...Cuenta conmigo. Si Mamen no quiere, voy solo, ya nos inventaremos algo.

—¡Ese es mi chico! Te dejo, oigo la puerta, un beso muy grande, te quiero, ¡chao!

Se cortó la comunicación sin tiempo a contestar.

* * *

Levanté como pude a Mamen del sofá, ella murmurando palabras entre sueños y dejándose llevar hasta el dormitorio. Y no sin trabajo, le quité el camisón que se puso después del baño y la acosté.

A continuación, lo hice yo, aunque me costó tiempo dormirme pensando cómo le diría la invitación de Julia. Tendría que ser que pareciera algo muy normal, nada de demostrar excesivo interés, y, que, además, fuera creíble...

Cuando desperté, ella estaba levantada ya.

—Cariño—desde la ventana vio como abría los ojos y me saludó—¡Buenos días! Va a hacer hoy un día espléndido. Mira que cielo tenemos.

Se sentó en la cama y me acarició la cabeza, enredando sus dedos en mi revuelto cabello.

Yo me incorporé a medias, la atraje y nos besamos.

—¡Buenos días!

Una mirada al despertador la hizo levantar rápida. Le quedaba media hora para vestirse y pintarse.

La oí trastear con perchas en el vestidor. Tardó cinco minutos en elegir: apareció con varias prendas en las manos y un par de zapatos negros de medio tacón, lo colocó todo sobre la cama y se fue al cuarto de baño.

Miré hacia la ventana y corroboré el pronóstico de Mamen: va a hacer un magnífico día. Ya el

cielo está de un azul menos oscuro, no distinguía estrellas. Las 7 de la mañana y el despertador lo anunció con su música incansable...

En la cocina preparé un par de tazas de café, la mía bien caliente, la suya lista para tomar en cuanto saliera del baño.

—¡Mamen, tómate el café! —la llamé— ¿Quieres que te lleve?

—¡No...! —llegaba por el pasillo, vestida con un pantalón negro, camisa gris perla, en la mano una chaqueta del mismo tono—. No, cariño, gracias... Hoy he remoloneado más de la cuenta.

Se bebió el tibio café sin respirar, de un sólo trago. Se puso la chaqueta y corrió a por los zapatos. Recogió el bolso de donde lo dejó la noche anterior, miró que estuvieran las llaves y volvió a la cocina.

—Bueno, amor... me voy, pórtate bien. Luego te llamo. No me esperes para cenar...

—¿Y eso...?

—Después vamos a celebrar el cumpleaños de Ana, no sé si la recuerdas, de la Redacción...

—No recuerdo... —negué con la cabeza— Pues nada, ¡que te diviertas!

Siempre había alguna celebración. Ya estaba acostumbrado.

Llegué hasta la puerta con ella, nos dimos un abrazo ligero y un beso, algo más intenso.

—Que tengas una buena jornada... Saluda a Enrique.

Ya abriendo la puerta del ascensor, se volvió para la última despedida:

—¡Te quiero, hasta luego!

No me dio tiempo a contestarle...

* * *

Dediqué toda la mañana a la novela, corregí párrafos, cambié palabras; me dí por satisfecho del trabajo casi a la hora de almorzar.

Llamé a Julia, pero recordé lo que me dijo de que estaría su marido en casa, y corté de inmediato la llamada.

Era hora de andar un rato, estirar las piernas y de tomar una cerveza, así que eso es lo que hice.

Cuando llegó Mamen, pasadas las 9 de la noche, me encontró tumbado en mi sofá, la televisión encendida, y ya casi dormido, con todas las luces apagadas.

El sonido de la puerta al cerrar, los taconeos en el piso y el agua en el baño hicieron que me despabilara. Esperé que saliera, hoy no tenía ganas de ducha yo.

Como cada día, salió directa a tumbarse en su sofá. Al verme despierto, me hizo un relato resumido de la celebración. Al terminar, con los ojos ya casi cerrados, se interesó por mí:

—¿Y tú, que has hecho?

—Lo de todos los días. Estuve casi toda la mañana trabajando en la novela. Luego salí a la Editorial, a recoger unas pruebas. ¿Y no sabes a quien me encontré?

Encontré la excusa.

Su gesto interrogativo me dio animo:

—Julia Sánchez. Sí, de la Universidad, era de la pandilla. Algunas veces te hablé de ella.

Negaba, y con razón. Julia nunca fue de nuestra pandilla, ni se la había mencionado, pero no la quise sacar de su ignorancia.

—Al salir de casa, ni miré, y tropecé con ella. Al principio no nos reconocimos, pero al mirarnos con más detenimiento, caímos en la cuenta. Nos tuvimos que reír, porque casi la tiro al suelo.

Mamen cada vez tenía los ojos más cerrados. Tenía que abreviar o se quedaba frita.

—Bueno, el caso es que se casó con un constructor, de mucho poderío económico. Alternan con gentes del Gobierno, de la alta sociedad, hay mucho capital ahí...

Mamen se estiró. Le quedaba un par de minutos para dormirse, corre Carlos...

—Bueno, pues eso, estuvimos hablando, le conté que nos habíamos casado. Ella me contó que su marido construye casas en la costa y en la sierra. Le dije lo que a ti te gusta la montaña. Y mira por donde, resulta que el fin de semana su marido organiza una cacería en plena sierra, cerca de León. Allí tienen una casa, una mansión, según ella. Y nos ha invitado. Que siempre van amigos de su marido y que ahora le tocaba a ella. Por supuesto, le dije que sí, que encantados, sobre todo pensando en ti...

Dios me va a castigar por muchas cosas, pero por mentiroso, seguro: lo tengo merecido.

—¿Qué te parece?

—Lo que tu veas —sus ojos ya ni pestañeaban, la cabeza recostada en el brazo del sofá—. Seguro que te viene bien para promocionarte. Un amigo escritor siempre está bien visto —bostezó — y a mí, me encantará alternar con esa clase de gente...

Y con la última palabra dio por terminada la conversación. Se quedó dormida.

La dejé que echara el primer sueño allí, mientras yo me tomaba un combinado, haciendo planes...Julia, dos días y medio juntos...Quizás tengamos ocasión de algún encuentro íntimo... Sólo de pensarlo, tuve una erección. Miré a Mamen; no, no estaba como para bajarme la tensión. Mejor yo sólo...

CAPITULO VII

RAUL...

El viernes recogí a Mamen en el periódico a mediodía, dejamos su automóvil aparcado en el garaje de la empresa y, en mi BMW rojo, partimos en dirección a San Isidro. En un par de horas estaríamos allí...

En una pequeña colina, dominando parte del valle desde el que comenzaban las estribaciones serranas, se alzaba un enorme caserío de dos plantas, defendido por una larga tapia, tras la que se levantaban cipreses, lo que hacía difícil distinguir el interior de la edificación.

Una serpenteante calzada asfaltada nos condujo hasta la ancha puerta, junto a la que había un videoportero. Sobre la tapia, a 25 metros unas de otra, cámaras de vigilancia delataban la presencia de cualquiera que se acercara.

Una vez dados a conocer, la puerta se abrió sin ruido, dándonos paso.

El camino que traíamos continuaba, pero ahora cubierto de amarillo albero. A derecha e izquierda, algunos naranjos cargados de fruto sombreaban el camino. Al final, una pequeña rotonda daba la salida hacia una edificación, con grandes soportales, donde se cobijaban ya algunos vehículos. Por lo que vimos desde el camino, todos de alta gama.

Puesta sobre aviso, Julia nos esperaba en la rotonda. Al pie de una pequeña escalinata de solo cuatro peldaños, construida en mármol.

Al verla, me dio un vuelco el corazón. Traté de disimular los nervios. Al detener el coche, se acercó y nos saludó, sonriente:

—¡Bienvenidos! ¿Os ha costado llegar? —Su rostro resplandeciente, sus pantalones vaqueros ajustados, su camisa con tres botones desabrochados dejando ver un generoso escote me dejaron sin aliento.

Haciendo un esfuerzo, quise responder, pero Mamen se me adelantó:

—¡Hola! Que vá...Ha sido facilísimo con las indicaciones que nos diste y el GPS. Aparte que Carlos es un buen conductor —dijo mientras se apeaba y se acercaba a Julia—. Soy Mamen, Mimi para los amigos. Y aunque no me acuerdo de ti, estoy encantadísima de estar aquí.

Se dieron sus besos de bienvenida y rieron.

Se me había olvidado advertir a Julia sobre la explicación que le dí a mi mujer. Esperemos que no intenten recordar el pasado.

—Deja aquí el coche y si traéis maleta también, ahora lo llevarán a las cocheras y el equipaje a vuestra habitación—Julia me saludó con dos besos, el segundo rozando mis labios al pasar cerca su boca. Por suerte, Mamen estaba ocupada en el auto recogiendo su bolso...

Antes de iniciar la subida de los cuatro peldaños, apareció en la puerta acristalada un hombre, más o menos de mi edad, alto, con una calvicie incipiente, el cabello oscuro. Su sonrisa nos daba un alegre recibimiento antes de hablar.

—¡Bienvenidos! ¡Estáis en vuestra casa!

Avanzó hacia nosotros, mejor diría hacia Mamen, a quien saludó primero y luego me estrechó la mano.

Julia fue la encargada de las presentaciones:

—Raúl, mi marido. Él es Carlos, ya te conté, y ella, su esposa, Mamen...

Nos fundimos los cuatro en un abrazo, tropezando todos por querer entrar juntos, lo que hizo que lo hiciéramos riendo. Creo que empezamos con buen pie.

Una chica uniformada recogió la maleta dejada en la entrada y se dirigió a la amplia escalinata que llevaba a los dormitorios, en la primera planta, según nos explicaba Raúl.

Mamen estaba extasiada contemplando las cabezas disecadas de animales que decoraban el salón al que nos condujeron. De una gran chimenea emanaba un calor agradable, con algunos troncos ardiendo. Todo era acogedor, pero yo lo ví sobrecargado.

Julia me miraba cuando notaba que no se daban cuenta y yo hacía lo mismo. Incluso pude rozar su mano.

—María, acompaña a los señores a su habitación —era Raúl quien le daba la orden a la doncella, y luego, dirigiéndose a nosotros —: os acomodáis y os esperamos aquí. No tardéis...

* * *

Raúl le fue explicando a Mamen la historia, no sé si real, de cada una de las cabezas colgadas en las paredes. Ella asentía, se reía, y pedía más explicaciones. Parecían encantados los dos.

—Ahora bajarán los demás invitados, estamos preparando una barbacoa en el jardín. Supongo que estaréis con ganas de comer, ya es hora — hablaba Raúl para los dos, pero miraba a Mamen.

Y, en efecto, sonaron voces en la planta primera. Fueron apareciendo hombres y mujeres que bajaron riendo y hablando animados y dirigiéndose hacia nosotros. Raúl hizo las presentaciones. Julia no se alejaba mucho de mí, eso me animaba ante tanto desconocido.

Entró la chica uniformada y se acercó a Julia, le dijo algo al oído y se marchó.

—Cuando quieran, ya está todo listo... ¡A comer!

Raúl tomó del brazo a mi mujer llevándola hacia la puerta acristalada que daba acceso al jardín. Yo iba a hacer lo mismo, pero Julia se me adelantó. Se agarró a mi brazo, mirándome, con esa su sonrisa cautivadora.

—Vamos...

En el camino hacia la salida, dejamos pasar a los demás invitados, quedando los últimos. Aproveché para acariciar sus caderas y ella me empujó a un lado, quedando invisibles hacia los ojos de los demás. Fue un beso rápido pero sabroso...

CAPITULO VIII

La comida fue animada. Una barbacoa, de ladrillo, situado en un extremo, del jardín llenaba de humo blanco y de olor a carne asada la atmósfera.

Habían distribuido varias mesitas, con platos de entremeses. Un camarero servía bebidas en un pequeño mostrador, justo enfrente de la barbacoa.

Los invitados, cinco parejas, imagino que matrimonios, y nosotros, charlábamos animados, cada uno contando anécdotas. La tarde invitaba a estar al aire libre, el sol calentaba lo suficiente para hacernos despojar de jerseys y chaquetas.

Julia se quedó en la reunión donde yo era blanco de preguntas relativas a mi producción literaria y periodística, mientras Mamen, “Mimi para los amigos, por favor” se divertía junto a Raúl y el grupo que les rodeaba. Desde donde estaba la veía disfrutar atrayendo la atención sobre todo de los hombres. Raúl no dejaba de comentarle cosas, divertidas a tenor de las risas que provocaba en ella.

Eso me dio libertad para acercarme más a Julia. Intercambiamos frases, miradas cómplices, algún que otro beso disimulado al aire...

Dimos por terminado el almuerzo cuando Raúl propuso tomar unas copas dentro, «antes de que deje de calentar el sol», a lo que todos aceptamos.

Nos distribuimos por el amplio salón en los sillones dispuestos alrededor de la chimenea. Algunos fumaban, cosa que a mí no me molestaba, pero procuraba alejarme de ellos. Julia encendía un cigarrillo cada cierto tiempo, pero lo hacía cuando estaba lejos, atendiendo a alguna invitada. Y así nos llegó la noche, casi sin darnos cuenta, entre copa y copa, chistes jocosos e historias de cazadores.

Raúl se alzó y con algún objeto hizo tintinear su vaso a modo de campanilla, pidiendo atención:

—Amigos, estamos encantados Julia y yo de vuestra compañía, queremos agradeceros que hayáis venido, es un placer compartir con ustedes estos ratos tan agradables —hizo una pausa para tomar un trago—. Aquí Don Antonio —señaló a un invitado sentado a su derecha— nos va a deleitar mañana o el domingo con un guiso de carne de caza, dice que le sale mejor que a Arguiñano

Algunas risas acompañaron el comentario.

—Por lo tanto —prosiguió— mañana vamos a ir en busca de los ingredientes —más risas—. Por supuesto, espero que tengan ustedes buena puntería, si no, tendremos que ir al pueblo a comer...

La risa fue general esta vez. Y los aplausos.

—¡Brindemos por que se repitan estas jornadas!

Alzó su vaso y todos hicimos lo mismo, entrechocándolos. Yo busqué el de Julia y ella el mío, y el de Mamen y Raúl, para disimular.

—Mañana, a las 6 tenemos que estar preparados, por lo que creo conveniente acostarnos lo

antes posible ¿les parece?

Todos afirmaron, menos yo que, con algo de timidez, levanté mi mano:

—Raúl, verás...yo...a mí no me gustan mucho las escopetas...me dan pánico...la carne sí me gusta —algunas risas—. Si me disculpas, prefiero quedarme aquí, mejor pasear por ésta magnífica finca, seguro que tiene mucho que ver...

—No te preocupes, ya te encargaremos otras cosas. Pero tú si vienes ¿verdad? —la pregunta iba dirigida a Mamen.

—¡Oh, si! ¡Claro! Me voy a perder yo eso...

—Bueno, nos tomamos la última y nos retiramos a descansar, que mañana hay que madrugar.

Apuramos las copas y poco a poco fuimos abandonando el caldeado salón, camino de los respectivos dormitorios, comentando y planeando la jornada que se presentaba.

De los últimos fuimos Mamen y yo. Ella se agarró del brazo de Raúl:

—¡Prométeme que me vas a enseñar a disparar! Siempre soñé formar parte de un safari, como en las películas, hacerme una foto junto a un elefante...

Raúl soltó una carcajada y, cogiéndole la mano que tenía apoyada en su brazo, le dijo:

—Aquí no hay elefantes, querida, hay algún venado, liebres, y zorros. Pero, te aseguro que vas a terminar poniendo la bala donde pones el ojo... ¡Ale! te acompaño hasta arriba.

Y tiró de mi mujer hacia la escalera, volviéndose a medio camino:

—Te vas a quedar a cargo del cortijo mañana. Julia tampoco es adicta a las escopetas, por lo que se queda. Ella te puede enseñar su jardín, es su joya de la corona...

—Encantada —Julia me sonrió y me guiñó un ojo aprovechando que ya nos habían dado la espalda.

Ya arriba, fueron desapareciendo los invitados, cada uno en sus respectivas alcobas. Mamen me agarró por el cinturón y me arrastró hasta nuestro aposento.

—Ven que quiero decirte algo.

Una vez dentro, comenzó a desnudarse camino del baño, mientras preguntaba:

—¿Qué me pongo mañana...? ¡Cari! Tenías razón, me gusta esta vida. Pero tú vas a aburrirte aquí, aunque si se queda Julia, podréis pasear y charlar...Pero ¡cuidado!

El agua ya sonaba cayendo de los grifos.

—¡Si! Y tú también, ¡con los tiros y los retrocesos!

Nos reíamos los dos mientras la secaba. Desnuda como estaba la tomé en los brazos y la llevé hasta la inmensa cama.

—Bueno, ahora a dormir que mañana te espera un día duro. Espero que te lo pases bien, y procura no herir a ninguno de estos. Apunta siempre al frente, y, si ves un sombrero pasando, quita el dedo del gatillo. No vayamos a tener una desgracia. Recuerda que los cuernos los tienen los venados —terminé mientras la arropaba con el edredón.

Mamen se reía mientras le hablaba, pero más por inercia que otra cosa. Ya estaba sobrepasada su hora de aguante. Y más con tantas copas.

La besé en la frente, y, con los ojos cerrados ya, le musité un “buenas noches” a lo que contestó con un siseo. Apagué la luz y salí. Quería tomarme la última tranquilo, al calor de la chimenea. Siempre me hizo ilusión hacer eso...

* * *

En el salón, como supuse, no había nadie ya. Me serví un buen trago de whisky y me retrepé en el sillón más cercano a la chimenea.

Me fascinaba el crepitar de los troncos ardiendo, ver subir las llamas...

—¿No te acuestas? —la suave voz de Julia me sacó de la abstracción en que había caído.

Me volví hacia ella; estaba sensual con aquel pijama que dejaba entrever la abierta bata roja que cubría su esbelto cuerpo.

—No tenía mucho sueño y pensé tomarme la última aquí, al calor de la chimenea. He dejado a Mamen dormida... ¿Y tú? ¿Tampoco tienes sueño?

—Si, pero he bajado para darle instrucciones a María para mañana. Ya se acostó también. Y yo voy ya para arriba, que Raúl me echará de menos. Espero que no me despierte mañana cuando se levante, que siempre hay algo que no encuentra.

Miró hacia la escalera, hacia la puerta que daba a la cocina e inclinándose, acercó su boca a la mía. Un largo beso de despedida:

—Buenas noches, mi amor, gracias por haber venido—musitó con voz queda

—Buenas noches, corazón. Loco estaría si no vengo. Que descanses. ¡Te amo! —le respondí en el mismo tono.

Sin más, se marchó a dormir. Yo apuré la copa y también decidí que era hora de dormir...

* * *

A las 5 de la mañana me desveló el sonido del despertador, pero no quise abrir los ojos. Oí a Mamen levantarse, trastear en el cuarto de baño, me arrebujé en el calor que había dejado en la cama y seguí durmiendo...

Su cuerpo se pegó a mí, sus manos me acariciaron por debajo del pantalón del pijama...

—Vas a bajar tarde, anda—le hablé sin intentar escapar de sus caricias. Ni me contestó. Siguió con sus caricias hasta que tuve una erección, ya ahí me volví hacia ella y abrí los ojos para recordarle que la esperaban...

Pero era Julia la que estaba a mi lado. Me puso un dedo en la boca para que guardara silencio. Y con una sonrisa me ayudó a desnudar. Ella ya lo estaba.

Para ser un sueño, parecía muy real...Instintivamente ojeé el despertador en la mesilla: las 7. Julia era real...

Y estaba sobre mí, apretando sus pechos contra los míos, su cabello rozándome la cara... Después de un buen rato, cambiamos las tornas, cabalgué sobre ella, apretando mi vientre contra el suyo, haciéndola gemir...

Así llegamos hasta las 9, insaciables, ávidos de pasión...

Tan silenciosa como había entrado salió. «Te espero para desayunar» fueron sus únicas palabras, dichas al oído antes de abandonar mi lecho...

CAPITULO IX

Después de un copioso y nutritivo desayuno, Juliame invitó a conocer «su» jardín:

Un cuidado y precioso jardín, con varios caminos cubiertos de albero, flanqueados por macetones con variado tipo de flores y plantas. Las que más abundaban, rosas amarillas. En el centro, una especie de kiosco, techado, albergaba una mesa de piedra, rodeada de bancos del mismo material.

Allí nos sentamos a descansar. Dado que no había nadie en la casa, salvo la doncella, que estaría en sus faenas, aprovechamos para abrazarnos y besarnos sin medida. No tuve más remedio que recordarle el divino despertar que me ofreció y darle las gracias por ello.

—No tienes por qué...Ha sido maravilloso...no tener que buscar un hotel o un rincón en un parque —su risa me tranquilizó.

Otro largo paseo por entre las plantas y arbustos y alguna explicación sobre flores y árboles puso fin a la mañana íntima; a partir de ahora ya sólo era Julia, la anfitriona.

—No creo que tarden mucho en volver. Son ya más de las 12...

Y, en efecto, diez minutos más tarde oíamos un claxon y los rugidos de motores rompiendo la tranquilidad de la mañana.

Las voces, alegres, se fueron acercando al salón; Julia salió a su encuentro y yo me uní a ella.

Mamen enseguida se acercó, me saludó con un beso y colgada del brazo me empujó hacia dentro:

—¡Cari! Lo que te has perdido. Qué bien lo he pasado. Raúl es un profesor encantador. Me enseñó a disparar y a evitar el retroceso. Pero tengo el hombro hecho polvo, tienes que darme masajes luego.

Raúl estaba a nuestro lado y oyó sus palabras.

—Es una alumna aplicada. Para la próxima vez ya podemos dejarla sola.

Acompañó sus palabras con una carcajada y un golpe leve en el trasero de Mamen. Hice como que no lo vi.

—¿Cómo lo has pasado? ¿Te enseñó Julia su obra? Es una loca de las plantas, como el cura ese que salía en la tele...

—La verdad es que lo tiene muy bien cuidado, se nota que lo hace con mimo... ¡Es una belleza!

La cacería no fue muy productiva, unas cuantas liebres, que tuvieron que ir a recoger a pie pues no llevaron perros. Así estaban todos, derrengados en los sillones, sin fuerzas.

María ayudó a Julia a repartir bebidas frescas, mientras Raúl hablaba en un rincón con uno de los invitados. De vez en cuando me miraban, y esto me mosqueó un poco.

Julia alzó un poco la voz para anunciar que el almuerzo estaría listo en una hora, por si querían darse una ducha y cambiarse de ropa. Todos aceptaron la propuesta y según acababan la bebida se iban levantando y marchaban a su dormitorio.

He de reconocer que la casa estaba construida para este tipo de reuniones. Un enorme salón

para la tertulia, caldeado con la gran chimenea, casi siempre encendida.

Justo en la pared colindante con ésta, un comedor, con una mesa alargada, rodeada de sillas de respaldo alto, bien torneadas y decoradas, a juego con la mesa. Aquí no había cabezas disecadas, solo cuadros, algunos con firmas importantes...

Cada dormitorio disponía de su cuarto de baño propio, un pequeño vestidor y un par de cómodos sillones. Un verdadero lujo.

La cocina, acorde con el resto de la casa. Y tras el prado en el que comimos ayer, un campo lleno de olivos, una parcela con naranjos, y el jardín de Julia.

Por el otro lado las cocheras, con capacidad para 9 o diez vehículos...

De estos pensamientos me sacó Raúl:

—¿Cuántos caballos tiene tu BMW?

La pregunta me sorprendió. No tenía ni idea.

—Es un 750, no sé, habría que mirarlo en la ficha técnica...

—Yo te lo digo, 450

—Tiene un año escaso, me costó bastante.

—Si, pero merece la pena...

Mientras hablábamos se nos acercó el hombre del rincón, camino de la escalera.

—Seguro que su coche no le gana al mío en una carrera.

—Bueno...no sé cuál es el suyo...

—¿Apostaría algo?

—Nunca he tenido intención de competir.

Raúl intervino:

—Carlos, aquí cerca hay un pequeño aeródromo abandonado, sus pistas sirven de circuito. ¿Te atreves? Hay competición todos los sábados, se mueve mucha pasta. Yo creo que tienes posibilidades, apostaría algo por ti ...

La mirada era escrutadora, quería descubrir miedo. No le dí motivo:

—¿Me estás proponiendo que corra? No tengo experiencia. Pero si te vienes de copiloto, acepto. Hay que probarlo todo en la vida.

Mi oferta le cogió de sorpresa. Miró a su invitado, me miró...y aceptó:

—De acuerdo. ¿Cómo tienes el depósito?

—Casi a tope, lo llené antes de venir.

—Yo tengo gasóleo y gasolina para autos, lo completamos. Ahora vamos a comer y luego concretamos...

CAPITULO X

A media tarde, nos trasladamos todos hasta el abandonado campo de aviación. Ya había bastante gente deambulando por allí.

Al poner pie en tierra, el estruendo de motores acelerando atronó el aire fresco de la tarde. Nos acercamos a la pista y ví como salían dos automóviles como caballos desbocados a la bajada del pañuelo que una chica mantenía en una mano.

Estas escenas las había visto en muchas películas, pero nunca pensé que iba a presenciarlas en vivo y, además, participando.

En mi BMW habíamos venido Julia, Mamen, Raúl y yo. El amigo, Rogelio, con su mujer y otra pareja, a bordo de su Ford Mustang naranja.

Los demás usaron sus respectivos autos.

Raúl abandonó el grupo y buscó a alguien entre los espectadores y pilotos. Había grupos rodeando poderosas máquinas, algunas más modernas que otras. En verdad, era un espectáculo contemplar aquello.

Cuando regresó, me tomó por el brazo y me apartó un poco:

—Las apuestas están 20 a 1.

Yo no tenía ni idea de lo que me quería decir.

—Explícame eso —le pedí

—Verás, esto está bien organizado. Aquí no hay cajero, solo la palabra. Quiere decir, que, si perdemos, nos costará una pasta, pero si ganamos, esa pasta vale 20 veces más. ¿estás dispuesto?

—¿De cuánta pasta hablamos?

—Perdida, cinco mil. Ganada, cincuenta mil...cada uno.

No pude por menos que expresar mi asombro con un silbido.

—Hombre, yo confío en mi coche. Y el Ford de Rogelio no creo que sea mejor...

—No te fíes, lo tiene preparado. Tiene tanta potencia como el tuyo...

Por un momento, me entró el pánico. No por el dinero, podía disponer de él. Pero yo nunca había competido, habría riesgo... Los ojos de Julia y Mamen estaban fijos en mí, cada una con una forma de mirar distinta. Julia, suplicante. Mamen, retadora.

—¿Tú tienes experiencia?

—Algunas veces he corrido, y otras he acompañado a Rogelio. Es una máquina conduciendo.

—Bueno, pues ¡vamos! Estoy dispuesto...

* * *

Los automóviles ya están preparados, listos para salir. Raúl y yo también listos para ganar, con ese ánimo vamos. A tres metros de distancia, en paralelo, el Ford Mustang de Rogelio. Éste al volante. Y junto a él su esposa, una rubia llamativa a la que antes no había prestado mucha atención.

Entre ambos vehículos, una chica enarbolaba en alto un pañuelo verde, mirándonos a ambos conductores...

Los motores, entre acelerones, esperando a la señal para demostrar su potencia. Nubes de humo blanco y algunas gotas de agua saliendo por los tubos de escape, envolvían a los espectadores que se agolpaban detrás, a varios metros. Atento al pañuelo permanecía Raúl, mientras yo no apartaba la vista de la ancha e improvisada pista de carreras. Nunca me había visto en otra, así que no sabía cómo iba a responder al desafío...

El pañuelo bajó de golpe, solté embrague y aceleré. El BMW brincó, rechinando las ruedas traseras al arrancar la gravilla del suelo. El horizonte venía hacia mí a velocidad de vértigo. Raúl, bien sujeto, gritaba palabras de ánimo, que yo ni entendía, atento como estaba a la conducción.

La más pequeña piedra que encontrara podría hacernos sufrir un accidente...100...120...160...No pensaba en el Ford, sólo en el manejo de mi máquina. ¡Alcanzamos los 200 k/h!

Raúl me mostró el pulgar, una sonrisa indicaba que todo iba bien. Ya estábamos en el límite de la pista, vallas pintadas con rayas rojas y blancas así lo indicaban...Unos segundos más y estaríamos en el punto donde teníamos que girar y volver...

Casi derrapando rodeé una montaña de neumáticos apilados para la ocasión. La tracción trasera me ayudó en la maniobra. Me sentí dominador, el coche respondía a la perfección.

Al terminar de rodear la pila de neumáticos, ya tomando la recta de vuelta, nos cruzamos con el Ford Mustang, le habíamos sacado unos metros de ventaja que, tal como íbamos, creía que nos serviría...

A la misma velocidad que llegamos al límite, volvemos. Por el espejo retrovisor Raúl vigilaba a nuestro contrincante.

—¡Lo tenemos! ¡Ha perdido mucho tiempo en la curva! —a gritos me comunicó la incidencia —¡Vamos a ganar! ¡¡Sí!!!

Sus gritos me dieron ánimo. Ya se iban reconociendo las formas en la lejanía. No perdí la atención del terreno, ahora que estaba casi conseguido...200 metros y el triunfo sería nuestro...100...

Fui reduciendo las marchas, teniendo una respuesta perfecta del motor...ya podemos alcanzar la raya de salida con la mano... ¡Por fin! Frené casi en la misma línea, mientras los espectadores aplaudían. Raúl me abrazó, me felicitó...Yo no podía hablar, tenía la boca seca, no había forma de tragar saliva...

Con una diferencia de 6 o 7 segundos llegó Rogelio. Su rostro crispado no auguraba nada bueno, pero cuando se dirigió a Raúl, le apretó la mano. A mí me abrazó:

—Para ser novato, no lo ha hecho nada mal, le felicito...Queda en pie la revancha...

Mamen y Julia llegaron corriendo, riendo y llorando, todo mezclado. Nos abrazaron, nos besaron... ¡cuánta alegría! Solté toda la adrenalina almacenada en un ¡sí! que se debió oír hasta en Madrid...

—Ajustaremos las cuentas en casa. Rogelio es un tío legal...Creo que podemos marcharnos ya, por hoy ha estado bien. Demasiado bien...Terminamos el día siendo un poco más ricos...

Todos reímos, relajados ya. Nos reunimos con nuestro grupo y emprendimos el regreso a la mansión de Julia y Raúl...

CAPITULO XI

Una vez arregladas las cuentas con Rogelio, me embolsé mi cheque por valor de ¡50.000! euros. Creo que le dí mil vueltas al papel en mis manos, incrédulo.

Raúl saco algunas botellas de champán francés, mientras Julia, ayudada por la doncella, repartía copas. Mamen no dejaba de reír entusiasmada, eufórica, contagiando a todo el que pillaba al lado.

El ambiente se hizo sumamente divertido, todos estábamos alegres por mi triunfo. Julia me susurró al oído cuando me ofreció la copa:

—Tenemos que celebrarlo...

El amigo de Raúl, el perdedor, no parecía muy triste por haber perdido:

—Carlos, la semana pasada gané dos desafíos, unos doscientos mil euros, contantes y sonantes. No se preocupe por mí, que veo que me mira como con pena. Tranquilo, hombre, unas veces se gana y otras se pierde.

—Me alegro por usted, bueno, me alegro por ti, ¡que caray! Esto se merece que nos tuteemos. Quizás escriba algo sobre el tema, sin nombres, por supuesto.

Raúl terminó de llenar las copas y, alzando la suya, hizo que todos le imitaran:

—¡Por Carlos! Es digno de entrar en nuestro club... ¡Felicidades!

—Y por Rogelio, que, sin él, nada hubiera sido posible...

La risa fue general. Y roto el protocolo, cada uno se agregó al círculo más cercano, formándose varios grupos...

Acabamos el champán cenando. Y una vez concluida la cena, pasamos al salón, donde continuó la celebración hasta bien entrada la madrugada.

* * *

Mamen estaba sumida en un sueño profundo. Yo no podía conciliarlo, todavía con la tensión del día en el cuerpo. Me levanté. Tal vez bebiendo agua me calmaba más y podía conciliar el sueño.

En el cuarto de baño había vasos, en una mesita, junto a una jarra. Deseché el agua de la jarra, prefería dejar correr el grifo y llenar el vaso.

Al ir a abrirlo creí oír voces. Presté atención...

Apenas audibles.

Usé el vaso a modo de auricular, pegado a la pared y eso amplificó el sonido. Las voces seguían...Reconocí la de Julia, más cercana, quizás estuviera en el baño; la otra era de Raúl, sin duda.

Discutían por algo que no pude descubrir. Estuve unos minutos oyendo, pero las voces habían cesado, solo algún golpe en la misma pared que yo usaba de altavoz.

Sin hacer ningún ruido, para no descubrirme, bebí el vaso de agua y me volví a la cama, quizás Julia me cuente que pasó...

Cercano el medio día fuimos apareciendo por el salón. No ví ni a Julia ni a su marido. Mamen

me preguntó por ellos:

—Se les han pegado las sábanas. La verdad, que nos acostamos tarde. Me he dejado el móvil arriba, voy a por él, cari, ahora vuelvo.

—Vale, yo voy a dar un paseo por ahí fuera, para estirar los músculos. Todavía los tengo tensos de ayer...

Fuera lucía un sol deslumbrante, la temperatura invitaba a pasear, por lo que tomé el camino del jardín. Una buena dosis de oxígeno vendría bien para los pulmones.

Sin prestar mucha atención al entorno, pensando en las voces airadas de anoche, llegué al kiosco central. Julia estaba allí sentada, ensimismada en quien sabe qué pensamientos. No me vio.

Con sigilo, me acerqué por detrás y con ambas manos le tapé los ojos:

—¿Quién soy?

—¡Tonto, me has asustado!

Me senté a su lado. Al ser el banco algo pequeño, nuestros cuerpos quedaban muy pegados. Antes de besarnos, miramos hacia donde quedaba la casa, comprobando que nadie nos observara.

Al retirar mi boca de la suya observé un pequeño hematoma, casi imperceptible, en el cuello, invisible a la vista por el cabello.

Ella se dio cuenta de mi mirada y enrojeció levemente.

—¿Qué te pasó? Parece un golpe...

Bajó los ojos, suspiró, apretando los labios después...no tardó en romper a llorar.

—Anoche discutí con mi marido. Una vez más. Nunca te he querido decir nada para no preocuparte. Pero creo que lo puedo resolver yo sola.

—¿Te pegó?

—Fue solo un pellizco. Otras veces lo ha hecho, pero siempre sabe dónde dar para no dejar huella. Yo he querido denunciarlo, pero él se arrepiente, me pide perdón, jura que no lo hace más...

—Pero lo hace.

—Sí. Son cerca de dos años que estamos así. Ya le planteé el divorcio. Cuando nos casamos hicimos separación de bienes. Ahí no tengo problemas, no dependo de él. Pero su ego le impide aceptar. Estoy dispuesta a dejarlo. No lo soporto...

Le tomé la mano que tenía sobre la mesa, acariciándola. Le levanté la cara, alguna lágrima asomaba todavía, que con dulzura le limpié.

—Sabes que puedes contar conmigo. Tenemos el apartamento, puedes quedarte en él. Si es pequeño, buscamos otro más grande. Yo hablaré con Mamen, se lo propongo también. Si no accede, nos escapamos.

Su sonrisa, aunque leve, indicaba que le parecía bonito, pero difícil.

—Mi padre me presiona para hacerme cargo de la Empresa...Algo tendremos que hacer. No podemos seguir así.

—Vamos dentro, nos estarán echando de menos. Te amo, Julia, te amo con todas mis fuerzas...

—¡Ay, Carlos! ¡Qué complicada nos hacemos la vida!

CAPITULO XII

—Desde que llegamos el domingo te notopreocupado, Carlos.

Mamen se había dado cuenta de que algo me tenía pensativo.

—No... solo que no asimilo bien el ganar dinero con tanta facilidad. Han sido muchas emociones, Mamen, todavía no reacciono, ya se me pasará.

La jornada ha transcurrido sin noticias de Julia, el teléfono lo tenía apagado cuando la llamé, varias veces a lo largo del día. Eso me tenía inquieto.

Mamen ha vuelto del periódico temprano, cosa inusual.

Pero tiene su explicación:

—Tengo que salir, he quedado con una amiga que quiere ir al teatro, un musical. Le han regalado dos entradas y sólo es a mí a quien le gusta ese musical. Así que acepté su invitación. Primero cenaremos algo por ahí... ¿Te apuntas a la cena?

—¡Oh, no! Diviértete tú. Yo voy a repasar lo que tengo escrito y a ver si adelanto la novela.

—Lo que tú veas, cari. Voy a arreglarme. ¿Te preparo algo para comer?

—No, gracias, no te preocupes, ya picaré algo de lo que encuentre. Vete tranquila.

Después de una ducha rápida y ponerse a punto para la salida, se acercó a mi estudio, nos dimos un beso, se despidió y se marchó.

Al oír cerrarse la puerta, llamé otra vez a Julia. Esta vez tuve suerte, daba llamada. Al tercer tono, sonó su voz:

—Hola, Carlos. ¿Cómo estáis?

El tono y la pregunta me hizo sospechar que estaba con Raúl.

—Ahora estábamos hablando de ti. Rogelio quiere que te pongas en contacto con él, Raúl te lo cuenta, te paso...

—¿Carlos? ¿Qué tal? ¿Te has gastado ya el dinero? —su risa me pareció demoníaca— Oye, que me llamó Rogelio, quiere proponerte negocios, relacionado con lo que tú haces, algo de campaña o así, se quiere presentar a las elecciones a la Alcaldía de Oviedo. Ha pensado en ti...

—Hola, Raúl. Todavía ni he cobrado el cheque. Mándame por mensaje el teléfono de ese hombre y lo llamo.

—De acuerdo, ahora te lo envío. Bueno, te dejo que tengo una reunión importante en un rato. Habla con Julia si quieres. Hasta pronto...

Una pausa y la voz de Julia, susurrando me acarició el oído:

—Luego te llamo...—y en voz alta—: Bueno Carlos, me alegro de saludarte, saluda a Mamen. ¡Chao! Besos...

Y cortó la llamada.

* * *

Media hora tardó en volver a llamar.

—Hola, dime.

—Mi amor, no podía hablarte, perdona.

—No hay nada que perdonar. ¿Te ha vuelto a tocar? ¿Por qué discutisteis?

—No, hoy está tranquilo. La cosa fue por culpa de tu mujer...Sí, mi marido se ha encaprichado de ella.

—¿Qué me dices! Por mí que se la lleve, se la envuelvo con un lacito. Faltaría más. ¿Y te lo dijo así, sin más?

—Verás, una de las que estuvieron allí me contó lo meloso y sobón que estuvo con ella durante la caza. Dice que, con el cuento de enseñarle a disparar, la abrazaba. Y ella se dejaba, la muy... Y le pregunté qué tal había ido la enseñanza.

—Esa mujer ... ¿confías en ella?

—Sí, Carlos, nos conocemos desde niñas. Mi marido es muy testarudo. Se le mete algo en la cabeza y hasta que no lo consigue, no para. Lo hizo conmigo. Total, que me preguntó si estaba celosa, que si me creía todo lo que me decían...Y le contesté que me daba igual, que yo quiero separarme, y que él hiciera lo que le diera la gana. Pero mientras esté conmigo, no se lo consiento.

Tomó aire:

—Ya estábamos acostados, el creyó que estaba dormida, y llamó con el móvil, hablando muy bajito...Apenas lo oía, pero *Mimi* lo repitió varias veces...

—¡Caramba! Yo no me enteré de nada. Sí que cogí bien el sueño...Y ahora que caigo, el domingo, cuando nos levantamos, me dijo que subía a la habitación, que se había dejado el teléfono. Mientras estábamos en el jardín.

—Raúl estaba en la cama todavía, allí lo dejé yo...

—Y... ¿Qué hacemos?

—Yo voy a hablar con los abogados de la Empresa de mi padre, a ver que me aconsejan. Y tú, ve convenciendo a tu mujer de que lo vaya pensando...Carlos, lo siento, no podemos seguir así...

CAPITULO XIII

Con la inquietud dominando a mi espíritu, llamé a Rogelio: quedamos en vernos en sus oficinas, en Oviedo.

—De acuerdo, cuando inicie el camino te aviso. Creo que mañana puedo ir.

¿Qué querrá proponerme? Más carreras no, que no está mi corazón para tanto esfuerzo...

Regresó Mamen bien tarde, yo hice como que dormía en el sofá. Me la imaginé descalzándose para no despertarme con los taconeos. Tardó poco en el baño y se acostó.

Intenté dormir, pero un murmullo me alertó: presté atención sin poder entender nada, alguna risa suave. Tentado estuve de levantarme y acercarme a la alcoba, pero me dije que no merecía la pena. Y me dejé llevar por el sueño...

* * *

—Buenos días. ¿Hoy no trabajas? Son casi las siete.

Abrió los ojos, se desperezó estirando los brazos.

—Buenos días...sí, claro, pero estaba tan a gusto...

—Eso te pasa por trasnochar. ¿A qué hora volviste, que no te oí?

—No muy tarde. Te ví tan dormido que no quise molestarte. No sé cómo puedes dormir en esos sillones... ¿Me preparas el café? Voy a tener que correr.

—Ahora voy a Oviedo, he quedado con Rogelio.

—¡Ah! Bien. ¿Comes allí?

—Sí, seguro. No te entretengas, voy a por el café.

* * *

—¡Hombre, Carlos! ¡Campeón! Pasa, pasa y siéntate, enseguida estoy contigo...

Rogelio se levantó a estrecharme la mano, sonriente, haciéndole señas a la secretaria que me había anunciado de que cerrara la puerta.

Mientras me acomodaba en un sillón forrado de piel, terminó la conversación que mantenía al teléfono.

—Bueno, amigo mío, ¿Qué tal va esa novela? ¿Progresas? ¿Ya encontraron al asesino?

Le reí la gracia.

—No es de asesino, es de celos y amores frustrados. Un drama. Ya está muy avanzada, sólo buscar un final que impresione y, lista...

—Ya la leeremos... Verás, quería hablar contigo porque vamos a empezar la campaña para captar votos, ya sabes que me presento a la Alcaldía. La cosa está difícil, pero no imposible.

Abrió una pequeña caja de caoba que había entre los dos y sacó un cigarrillo, ofreciéndomelo.

—No fumo, gracias.

—¿No te importa...?

Negué con un ademán, lo encendió y prosiguió:

—En fin, lo que pretendo es que me escribas los discursos, las notas de prensa... Supongo que conocerás muchos directores de periódicos, sé que colaboras con varios...

—Así es...

—Por supuesto, serás bien recompensado por tu trabajo...Tenemos quince días para el inicio. ¿Podrás terminar tu novela en ese tiempo? Será una temporada intensa hasta mayo y te necesitaría al completo...

—La verdad, no sé yo si te serviría...

Me interrumpió:

—Sé de buena tinta, nunca mejor dicho, que escribes muy bien, tienes claridad y calidad. Dispondrías de un despacho, una secretaria o secretario, lo que elijas, equipo ofimático y tiempo...No puedes negarte. Además, el partido tiene fondos para compensarte bien...y también cuentas con mi amistad...Confío en ti...

—¿Te puedo contestar esta tarde? Quiero revisar mi agenda de compromisos, tengo algunos artículos pendientes, la novela...voy a tener que apretarme las clavijas...

—Te esperaré hasta la noche, pero me gustaría que aceptaras.

Me incorporé, dispuesto a marcharme, pero me retuvo:

—Antes de que finalice el periodo de campaña, tenemos que organizar una carrerita, Raúl ya está de acuerdo. Nos reunimos un fin de semana, llevaríamos a gente del partido, altos cargos, hay que ganar puntos...

Un apretón de mano puso fin a la entrevista.

—Pero yo no corro, eh, que lo pasé muy mal...

La risa me acompañó hasta la puerta.

CAPITULO XIV

Llamé a Julia. Hoy podíamos vernos, así que quedamos a primera hora de la tarde en nuestro apartamento-refugio-nido de amor.

Cuando llegué, ya estaba esperándome, dispuesta a pasar una siesta animada. No perdí el tiempo.

—Hola, corazón mío —un beso largo e intenso sirvió de saludo, prólogo de lo que vendría después.

—Mi amor, te echaba de menos... abrázame fuerte... Te necesito tanto...

—Mi vida, aquí estoy para complacerte...

Dos horas intensas, llenas de gemidos, gritos sofocados, jadeos, suspiros; besos y caricias sin fin... Recuperamos los tres días que llevábamos sin vernos.

Exhaustos, nos dejamos caer uno junto al otro. Julia encendió el “cigarrillo post coito”, como hacía siempre, mientras yo serenaba mi corazón acelerado.

—Estuve hablando con Rogelio. Quiere que trabaje con él durante la campaña. Tengo quince días para terminar la novela o pensármelo y decirle que no, aun no lo tengo claro...

—¿Pero ese trabajo lo puedes hacer desde aquí? No quiero estar lejos de ti, y si la campaña es hasta mayo, son muchos meses...

—Podría compaginarlo. Haría cosas desde mi casa, algún día tendría que estar en la capital, o algún viaje por la Comunidad... Procuraría estar el máximo tiempo posible aquí, yo tampoco puedo estar lejos de ti, eres mi vida...

Se aprieta contra mí, me echa una pierna por encima... me abraza, su cuerpo desnudo me enerva, su piel sudorosa se hace mía. Con suavidad, la voy terminando de subir sobre mí, nos besamos. Abre las piernas dejando que la penetre con lentitud, sin prisa, una vez más... Así, inmóvil, poseída, permanece minutos, corazón contra corazón, juntando los latidos...

El anochecer nos hace salir de nuestro ensueño.

—Hora de despedirnos...

—Si... ¿Quieres que te acerque?

—Me acompañas hasta la parada de taxi, prefiero llegar sola, lo sabes...

—Ya... Bueno, pues vamos... ¡Arriba! —la exclamación la acompaño con un suave golpe en sus nalgas. A regañadientes, va al baño, una ducha rápida y ya está lista.

—¡Cada día te vistes más rápida! —de un salto me incorporo y me visto, prefiero ducharme en casa. Mamen llegará después que yo, me da tiempo de borrar las huellas de la tarde.

Todos los días que tenemos cita, hago lo mismo. Hoy no tiene por qué ser distinto. Tengo una hora de margen...

* * *

No se puede uno confiar. Hoy Mamen se sintió algo indispuesta, ha dormido poco esta noche, y tenía dolor de cabeza. Ha salido una hora antes.

—¡Vaya! No te esperaba aquí —la besé en la frente, por compromiso, que ella aceptaba.

—Me dolía y me duele la cabeza, pedí salir antes, y me vine. Acabo de tomarme un ibuprofeno con un poco de café.

Procuré alejarme con rapidez para evitar que huela algo raro. Desde la ducha la oí preguntar:

—¿Cómo te fue el viaje? ¿Productivo? Rogelio es un tipo majo. Seguro que triunfa y sale de alcalde. Lo que no gane con su simpatía lo ganará con su dinero. Esas amistades convienen...

—¡Si...! ¡Ahora te cuento!

Dejé correr el agua sobre mi cuerpo, primero caliente después fría, eliminando los restos de la tarde de amor. En diez minutos estoy preparado para explicarle por encima lo de Oviedo.

Mamen ya estaba en pijama, cosa rara en ella, pues no acostumbraba a usarlos.

—Carlos... ¿Qué relación tienes con Julia?

La pregunta, directa, me cogió fuera de juego, no la esperaba. Tendría que haber sido yo el que le preguntara por su juego con Raúl, pero se me adelantó.

—Pues...bien, es buena amiga, antigua compañera, siempre nos llevamos bien... ¿Por qué lo preguntas?

—Las mujeres somos muy listas, tenemos intuición, sabemos ver cosas que a ustedes los hombres se escapan.

Mi cara tenía que ser como para un cuadro. Los colores subían y bajaban. Del blanco al rojo y al revés. Disimulé dándole la espalda para encender la televisión...

—El fin de semana descubrí cosas en ustedes, miradas, gestos, roces...Parecía que estaba en otras cosas, pero no sé por qué, os vigilé...Y ¿Sabes? Has llegado y al acercarte a mí, me ha dado en la nariz cierto olor que no reconocí, pero mientras te duchabas, lo asocié al de Julia...

Las mujeres son el diablo vestido de Prada, no se les escapa un detalle...O me estaba poniendo una trampa...

—¡Bah! Suposiciones tuyas...

—Mías y de su marido...También se dio cuenta...

—¿Te lo dijo? ¿Cuándo?

—¿Recuerdas que subí por el móvil? Me encontré con Raúl...Iba a bajar, pero al verme nos quedamos hablando un rato, comentando esas cosas. Sospecha de Julia desde hace tiempo. Y ahora, de ti...El trabajo con Rogelio se lo propuso Raúl para alejarte...

Su boca apretada me hace pensar que se le ha ido la lengua.

—No hay nada de nada. Cuando haya algo te lo diré. Voy a escribir que tengo pendiente varias cosas con los periódicos.

—Si, si...escribe. Yo me acuesto, buenas noches.

Se levantó y se alejó por el pasillo, camino del dormitorio...

CAPITULO XV

—Julia, sospechan de nosotros...

—Lo sé, mi marido me preguntó anoche sobre nuestra relación. Que desde cuando estábamos liados...Por supuesto, lo negué. Pero insistió, incluso me comentó detalles que había pillado al vuelo...

—Eso me dijo también mi mujer. Yo creo que se han puesto de acuerdo para decir lo mismo. Al otro lado del auricular, la respiración de Julia era el único sonido audible.

—¿Julia? ¿Te pasa algo?

—...Otra vez me tocó, me amenazó, me dijo que de él no se burlaba nadie. Me dio miedo, Carlos —su voz suena temblorosa—. Se puso como una fiera...

—¿Hablaste con los abogados?

—Sí, les envié toda la documentación que me pidieron...Mis padres quieren que me vaya con ellos una temporada, no les gusta Raúl, dicen que ha cambiado mucho. También sospechan que me maltrata, que hay algo malo...

—Me parece bien que te pasaras una temporada con ellos. Ya buscaríamos la manera de vernos, eso no es problema.

—Bueno, lo pensaré...Quizás fuera conveniente. Pero lo tengo decidido, me separo.

—Si es lo mejor para ti, ¡adelante! Yo también se lo voy a proponer a mi mujer. Si te parece, dejamos unos días de vernos, tranquilizamos los ánimos, y buscamos soluciones...

—Pero pocos días...te quiero mucho como para tener que estar sin verte.

—Sí, mi amor, dos o tres días. Lo suficiente para que yo se lo plantee a Mamen...Te amo, Julia, te amo con todas mis fuerzas...

—Yo también, Carlos...Pero no dejes de llamarme.

—Cada día.

* * *

—¿Rogelio? Hola, buenas noches.

—Buenas noches, Carlos, dime...

—Acepto, pero necesito estas dos semanas para terminar cosas. También necesitaría algunos días durante la campaña trabajar en casa. Ya sabes, compromisos con los diarios...

—No hay problema. Tú decides cuándo. Pero eso sí, los fines de semana te necesitaré. Todos. Puede acompañarte tu mujer, si queréis...

—Se lo comentaré.

—¡Estupendo! Bueno, pues ya hablamos. Salúdala en mi nombre. ¡Hasta pronto!

Conque ha sido idea de Raúl...bien, bien. No va a conseguir alejarnos.

* * *

—Esta noche tengo una cena.

Mamen se bebe el café antes de salir para el periódico, mientras yo me dispongo a escribir. Ya tengo pensado el desenlace de la novela...Y el guion para varios artículos, quiero adelantar trabajo.

—¿Me has oído? —me pregunta desde la puerta de mi estudio— Cena y espectáculo, nos vamos a celebrar las bodas de plata de un compañero.

—Muy bien, que disfrutes, yo quizás salga también a airear la cabeza.

—¿Con tu amiga? —su media sonrisa sarcástica no me gusta. Hay mucha maldad en su mirada.

—¿Te pregunto yo con quien sales?

Sin más, da media vuelta y desaparece de mi vista. La oigo taconear, abrir y cerrar cajones y, tras varios minutos, abandonar la vivienda, dando un portazo.

Se nos está haciendo insufrible el ambiente. Quizás sea el momento de tomar decisiones...

* * *

—Le he dicho a mi marido que me voy a marchar unos días a la casa de mis padres. Quieren ponerme al corriente de los negocios. No me ha puesto pegas.

—Perfecto.

—Dedícate estos días a terminar todo lo que tienes entre manos. Se te viene encima mucho trabajo, Rogelio está muy relacionado. Yo le veo futuro...

—¿Y cuándo piensas marcharte? Puedo llevarte, así nos despedimos en condiciones...

—¡Tonto! Nos despedimos en condiciones siempre...—su risa es contagiosa, su mano acaricia mi mejilla—. Anda, ven, hazme el amor como sólo tú sabes...

Y se deja caer de espaldas sobre el lecho, abriendo sus piernas, invitándome a la gloria...

CAPITULO XVI

La campaña electoral me ocupa casi todo el tiempo. Hay que escribir discursos, exponer en ellos posibles mejoras, cambios en la Sociedad, normas para gobernar una ciudad de forma que contente a todos.

Tengo que inventar; cada día es distinto, va dirigido a diferentes clases sociales. Mis contactos periodísticos aceptan mis notas de prensa, incluso publican los textos que Rogelio Rendón, RR, futuro alcalde, declama en sus mítines.

Julia y yo nos hemos visto pocas veces en este tiempo.

Pero todos los días hablamos por cámara a través del móvil. Ya decidieron ella y Raúl lo más conveniente. Lo mejor era separarse, de forma legal. Estaban en trámite. Quizás un par de semanas, o tres, y lo tendrían todo escriturado.

Yo también he avanzado, he convencido a Mamen. Menos el apartamento en común, todo lo demás para ella. El BMW se lo pensará. En cuanto a dinero, los abogados le han dicho que lo que establezca la Ley, no hay otra.

Por Julia, y alguna indiscreción de Rogelio, sé que Raúl y mi mujer siguen viéndose. Más de lo que me he visto yo con Julia. Aprovechan nuestra ausencia para dar libre rienda a sus apetencias. Con su pan se lo coman.

Lo único que me importa es que Raúl no vuelva a ponerle la mano encima a Julia. Lo demás, me importa un rábano, que hagan lo que quieran...

* * *

La lluvia arrecia. Hoy vuelvo de Oviedo pronto, con este temporal se suspenden los actos del fin de semana. He llamado a Julia. Estuvo retenida en una de las granjas, pero ya está en la casa de campo. Tiene que resolver los asuntos pendientes con su marido. En cuanto amaine un poco, sale para Avilés.

Mamen está esperándome, no tenemos mucho de qué hablar. Los documentos están listos para la firma. Si Dios quiere, dentro de poco seré libre.

Bueno, libre de su compañía. Porque me espera Julia. Pero ese yugo no me pesa. Lo ansío. Amo a esa mujer con locura. Nos amamos...

—Carlos, en tu mesa tienes todos los documentos firmados. Los voy a necesitar mañana para llevarlos a mi abogado. Raúl quiere que todo quede finiquitado ya.

—Bien, ahora los leeré y firmaré. Pero espero que no hayas incluido este apartamento, ya te dije que no lo aceptaría...

—No, tranquilo. El automóvil tampoco lo quiero, tengo el mío. Además, Raúl me ha ofrecido uno de los suyos, el que quiera. Al final, voy a ganar más que tú.

—Ya, me alegro por ti... Pero lo mismo que te tiene ahora te dejará luego. Es caprichoso, solo quiere tener una cara bonita a su lado, presumir. No tiene sentimientos.

—¡Qué sabrás tú de sentimientos! He llegado a odiarte con toda mi alma. Aún siento así. Y odio a esa... a esa mujer. Pero mira por donde, yo voy a ocupar su lugar en la sociedad. Voy a ser

poderosa. No te extrañe que algún día trabajes para mí...

Está preparada para salir. Fuera, el agua no cesa de caer con fuerza. A ratos, las ráfagas de viento hacen que la lluvia golpee con fuerza contra las fachadas de los edificios, inundando sus portales. Casi como cuando conocí a Julia...

—Me voy, me esperan...

—Muy bien, adiós...

Tras lanzarme una mirada envenenada, abandona el piso. Dentro de poco lo abandonará para siempre. No soy rencoroso, le deseo que sea feliz. Pero sé que intentará hacerme todo el daño posible...

* * *

Raúl arranca el vehículo, y, con lentitud, sin salir de la primera velocidad, lo lleva hasta la gran puerta al final del camino de albero, ahora encharcado por la lluvia torrencial.

Las luces de un automóvil acercándose apenas son visibles. Pero se siente seguro en su potente Audi. Éste es el que ha elegido la mujer que se acerca por el estrecho camino asfaltado...

En pocos días, todo habrá terminado. Está todo acordado. Lo único que siente es el tener que abandonar esta finca.

Pero tampoco le dá mucha importancia a esto. Hay muchas mansiones, muchos lugares, incluso mejores. Es cuestión de buscar, mover hilos... Por dinero no es.

El automóvil ya está traspasando la puerta, abierta para no perder tiempo. Mamen lo estaciona a un lado, entre dos naranjos. Sale del vehículo con un paraguas que abre con rapidez. El agua salpica sus pies, por lo que da una pequeña carrera hacia el Audi. El hombre, desde adentro, le abre la puerta.

La mujer se deja caer, abandonando el paraguas chorreante en la parte trasera. Se besan, y sin palabras salen de la finca, mientras la gran puerta se cierra automáticamente tras ellos.

En una ventana de la planta alta de la casa, Julia deja caer el visillo, ha visto bastante...

CAPITULO XVII

El teléfono me despertó cuando el sueño era más profundo. El viaje con lluvia me cansa la vista, hace que vaya más tenso.

Cuando me acosté, más temprano que de costumbre, lo hice con el propósito de recuperar energías, dormir hasta que no pudiera más...

Pero alguien pensaba lo contrario...

—¡Julia! Qué pasa, ¿por qué me llamas a las —miro el reloj— a ¡la una de la mañana!

—¡Carlos, tienes que venir, estoy en la finca, por favor, ven...

—Pero... ¿qué te pasa? ¿por qué esas prisas...?

—¿No te han llamado de la Guardia Civil?

—¡No me asustes! Salgo de inmediato para allá.

Por fortuna, había dejado de llover, aunque el cielo seguía encapotado, presagiando más

lluvia, « ojalá aguante hasta que llegue a casa de Julia. Si tengo suerte, a estas horas, puedo tardar menos que la otra vez, cuando la cacería. Ya sé el camino».

A punto de salir, volvió a sonar el teléfono. Pero esta vez no era Julia. Desconocido.

—¿Carlos García?

—Sí, dígame, ¿quién llama?

—Lo llamamos del puesto de la Guardia Civil de Villamarín...

El corazón me dio un vuelco, noté como se me aceleraba el pulso. Me temí lo peor...

—¡Diga, diga! —le metí prisa.

—¿Su esposa se llama Carmen Ortiz Alba?

Se me secó la boca. Con esfuerzo, contesté:

—Sí. ¿Qué le ha pasado? Es mi esposa, aunque estamos en trámite de separación...Pero dígame que le ha ocurrido.

—Ha sufrido un accidente. Iba en compañía de un hombre. Están muy graves, ingresados en el Hospital Comarcal de Mieres. Es necesario que se acerque por aquí lo antes posible, si puede ser, ya...

—Sí, me disponía a salir porque me ha llamado una amiga, supongo que para lo mismo...

—¿Su amiga es Julia Sánchez? También la hemos avisado. Le ofrecimos mandarle un patrullero a recogerla, pero nos ha dicho que ya van a por ella, supongo que será usted.

Sentí alivio, Julia no estaba involucrada. Gracias a Dios...

—Iban juntos, su esposa y el marido de la señora Sánchez. Han sufrido un accidente de automóvil, creemos que a causa de la lluvia.

—Me ha dicho en Mieres, ¿verdad?

—Sí, allí hay agentes que los están esperando.

—Lo que tarde en llegar a San Isidro y volver. Muchas gracias.

—Tenga cuidado. A ver si por llegar rápido, tenemos que levantar otro atestado. ¡Buenas noches!

Un accidente, Raúl y Mamen.

«Alguna escapada, Les ha salido mal, espero que no sea tan grave. No me haría ninguna gracia acabar por culpa de un accidente...»

Julia me esperaba, impaciente, abrigada para pasar la noche fuera. Un beso y sin dilaciones nos pusimos en marcha hacia el Hospital.

Allí nos esperaban varios agentes de la Guardia Civil. También había varios hombres trajeados.

Al oírnos preguntar por Mamen y Raúl, se dirigieron a nosotros:

—Buenas noches, ustedes son...—el agente que nos habló, en una libretita leyó nuestros nombres —Julia Sánchez y Carlos García ¿no?

—Sí—hablé yo por los dos— ¿Podrían decirnos que ha pasado? ¿Cómo están? ¿Podemos verlos?

—Acompañenme, por favor —nos llevó hacia una sala reservada para médicos. Se nos unieron un par de hombres, sin uniformes, serios los semblantes.

Una vez dentro, le ofrecieron una silla a Julia, que aceptó. Nos temíamos lo peor. Como así fue...

—Sufrieron un golpe terrible. El coche ha quedado destrozado. Tuvieron que acudir los bomberos para poder sacarlos, ya se pueden imaginar cómo estaban. Lo sentimos mucho. Pero no pudimos hacer nada por ellos. Los golpes fueron mortales. Lo achacamos a la lluvia intensa, y a la

carretera encharcada, alguna balsa hizo que se desviarán. Eso sí, la velocidad era alta, se quedó parado el velocímetro en los 130. Y en esas condiciones es peligroso correr...

Julia lloraba. Yo la consolé, abrazándola, arrimando una silla junto a ella. Los agentes respetaron el silencio.

Hasta que uno de los hombres de paisano nos preguntó si estábamos en condiciones de identificar los cuerpos.

Yo dije que sí. Sentía dolor, pero no tan grande como para no tener el ánimo de hacer el trámite.

Julia dudaba, me miró implorante, buscando mi ayuda...

—Vamos.

La tomé de la mano para darle ánimo.

En una sala, fría, inhóspita, estaban los dos cuerpos sobre camillas, tapados con un lienzo blanco.

Julia se desmayó; entre uno de los policías y yo la sujetamos, impidiendo que cayera al suelo. Casi a rastras, la llevamos a una de las camillas.

Un médico, con bata blanca, levantó uno de los extremos de la sábana, dejando ver la masa casi irreconocible de lo que fue Raúl.

La obligamos a mirar y, entre sollozos y lágrimas, afirmó con la cabeza; luego volvieron a tapar los restos.

Repetimos con el otro cuerpo. Esta vez yo sólo, A Julia la habían sacado fuera, iban a darle algo para reanimarla.

Yo reconocí a Mamen. Con una oración, me despedí de ella. Deposité un beso en su fría frente. No era el fin que queríamos...

Una vez realizados los trámites y firmados los reconocimientos, nos permitieron retirarnos. O, si preferíamos quedarnos, nos podían acondicionar una sala reservada, hasta por la mañana.

Optamos por lo primero. Yo dejaba a Julia en su casa y me marchaba a la mía, y cuando nos llamaran, volveríamos para arreglar los funerales y demás.

Aunque, como es lógico, yo no iba a dejar a Julia sola. Pasaríamos la noche juntos.

Una vez instalados en mi coche, fue Julia la que habló, por primera vez desde que llegamos al Hospital:

—Carlos, yo soy la culpable...

—La culpable... ¿De qué? ¿De que lloviera tanto? ¿De la velocidad? ¿De la curva? No eres culpable de nada, mi amor... Tenía que pasar y ya está...

Fija la mirada en el horizonte, no dijo nada más. Comenzaron a caer gotas, tendríamos que darnos prisa, para estar en la finca antes de que apriete. Había nubes, pero también se veían algunas estrellas entre claros. Ojalá cesara un tiempo la lluvia...

Una vez en la casa, vimos el coche de Mamen junto al camino de albero. Yo llegué hasta el pie de la escalinata. Las gotas ya se habían convertido en llovizna y las estrellas desaparecido. Pero habíamos llegado bien, sin contratiempos.

Julia, llorosa, abatida, no tenía fuerzas ni ganas para subir al dormitorio. Yo tampoco quería dejarla sola. Acerqué dos sillones a la chimenea, encendida todavía. Algo de calor daba.

El ruido que hicimos había alarmado a María, que se levantó para atender a Julia. Le pedí que le diera un caldo caliente, y si tenía algo que la hiciera dormir, mejor. Solícita, asintió y fue a la cocina. Yo prefería un trago largo, seco, de whisky. Que me calentara las entrañas y me haga echar un sueño.

Lo conseguimos: Julia dormía, aunque de vez en cuando suspiraba, o murmuraba alguna palabra ininteligible. Yo me retrepé en el sillón y, mirando a Julia me dormí...

CAPITULO XVIII

Amaneció con lluvia intensa.

María ya se había levantado. Debía estar en la cocina porque el penetrante olor a café recién hecho me despertó. Julia seguía dormida.

Yo conseguí conciliar el sueño antes de que se tomara el caldo que le preparó la doncella. Estaba arropada con una gruesa manta de pelo largo. En la chimenea, sólo rescoldos.

Me levanté, me estiré, desentumeciendo los brazos y las piernas. En el cuarto de baño, junto a la cocina, me aclaré los ojos y me alisé el pelo.

—Buenos días, María —la mujer estaba atareada con sus labores.

—Buenos días. Si le apetece, el café está recién hecho. Ahora se lo sirvo.

—Gracias. ¿Hay leña para reavivar la chimenea?

—Sí, no se preocupe, ahora voy yo, siéntese que enseguida lo preparo.

En efecto, al momento se presentó con un carrito sobre el que posaban dos tazas de oloroso café, humeantes, y lo dejó justo entre Julia y yo. Luego, sacó del cubículo situado al lado de la chimenea algunos troncos y ramas delgadas, y, con habilidad, en pocos momentos había llamas vivas que hacían subir la temperatura.

—Anoche les dejé la calefacción encendida... Lo acompañó en el sentimiento, Don Carlos. La señora me dijo lo que ha pasado. ¡Qué dolor más grande! — con un pañuelo que saca de la bocamanga del uniforme se limpia unas lágrimas que asoman a sus ojos.

—Muchas gracias, María Sí, es tremendo, horrible... Una desgracia muy grande...

—¡Pobre señor! Con lo que me apreciaba... ¡Ay, que penita! —un gran suspiro acompañó a su lamento. Sin poderse contener, rompió a llorar.

Yo intenté consolarla, pero ella abandonó el salón, mientras Julia rebullía en el sillón. Las voces y los lamentos de María la habían despertado.

—Buenos días, Carlos... Gracias por quedarte...

—Estaría bueno. No te he dejado en las buenas y te voy a dejar en las malas... No me lo perdonaría.

Al ver el café, alargó la mano y cogió una taza, luego sacó la otra mano. Y haciendo hueco con las dos, rodeó el caliente recipiente para compartir su calor. Con lentitud fue bebiendo, los ojos cerrados.

Yo la contemplaba por encima de mi taza.

Al darse cuenta de que la miraba fijamente, saltó:

—¡No me mires! Debo estar muy horrible, despeinada y sin pintar.

—Cariño, estoy harto de verte así —le sonreí, animándola.

—¡Qué de pesadillas he tenido! Es horroroso... Yo...yo no quería que sucediera así...

—Nadie quiere que sean así o asá las cosas, suceden porque el destino está escrito, no te sientas culpable —la interrumpí.

Sin apartar la vista de la taza, dejó pasar los minutos, en silencio. Yo también me sumí en mis

pensamientos. En mis recuerdos...

Mamen no era mala, solo se sentía humillada. Pero hubo un tiempo que éramos buenos compañeros, compartimos muchas cosas, también discutimos. « Pero este final no se lo merece nadie, por muy odioso que se vuelva...»

Julia me miraba. Sin darme cuenta estaba pensando en voz alta.

—Yo sí odiaba a Raúl. A tu mujer no he llegado a tanto, casi me daba lástima saber que había caído en las manos de mi marido. Pero a Raúl... ¡Hasta el último momento se comportó como una maldita bestia...!

Al ver mi expresión, suavizó el tono, me sonrió queriendo ser dulce.

—Te amo, Carlos, siempre te amaré. Has sido lo mejor que me ha podido pasar en la vida...

Las lágrimas volvían a surcar sus mejillas.

—¡Va, ánimo! Sabes que yo también te amo, que estoy loco por ti. Esto que ha pasado ha sido una señal. Ahora podremos vivir juntos sin más problemas...

Un silencio denso se adueñó del ambiente. Sólo se oía el crepitar de los leños ardiendo.

—Habrá que llamar al Hospital. Tendrán que hacer la autopsia a los cuerpos. A ver qué trámites tenemos que hacer...

—Si, vamos a esperar un poco. Todavía no creo que hagan nada. Tenía que autorizarlo el juez, según me dijo el Guardia Civil. Me imagino que, a lo largo de la mañana, nos avisarán. Y mejor así, por que mira la que está cayendo...

En efecto, a través de los cristales, el agua caía con fuerza, haciendo casi imposible ver el exterior. La forma borrosa del automóvil de Mamen allá lejos se distinguía por ser blanco...

CAPITULO XIX

A media mañana llamaron. Decidimos que iría yo solo para evitar más malos ratos a Julia. Si se necesitaba su presencia, o su firma, ya solucionaríamos sobre la marcha.

En el Hospital ya lo tenían todo dispuesto para el traslado al Tanatorio, donde quedarían los cuerpos veinticuatro horas hasta ser inhumados.

El informe de la autopsia aclaraba que la muerte fue casi instantánea por múltiples traumatismos. Por lo menos no sufrieron.

De todas formas, tanto los Seguros como la misma Guardia Civil continuaban con la investigación para establecer las causas del accidente. Pero ya podíamos disponer los funerales.

Julia y yo habíamos pensado en un principio celebrarlos juntos, pero Raúl tenía más familia. Mamen solo me tenía a mí. Mejor hacerlo por separado. El funeral de corpore insepulto si se podía hacer en la misma Capilla del Mortuorio.

Una vez resuelto todo el papeleo oficial, llamé a Julia y por encima se lo comenté.

—Ven, Carlos, estoy muy mal —la voz débil, y la sensación de que lloraba, me encogió el corazón.

—Sí, mi vida, ahora mismo voy para allá. Poco tengo que hacer aquí.

Tras una última mirada a los féretros instalados en la sala de velatorio, partí hacia la finca.

La lluvia volvía a hacer su aparición...

* * *

Julia estaba esperándome a la puerta de la casa...

Cuando me apeé del automóvil, se lanzó a mis brazos, apretándose contra mí. El cabello le caía lacio, algunos mechones pegados a su cara. Las lágrimas se mezclaban con el agua de la lluvia que caía, mansa, ahora.

El temporal ha dejado muchos daños. Y uno de ellos es Julia...

—¡Carlos! ¡No quise que pasara eso! Sólo quería advertirle. Tú sabes que yo no soy así. Pero me abofeteó, me hizo sufrir...

—Ya no tiene remedio. Ahora debes tranquilizarte. Debes hacer frente al papeleo, tendrás muchas cosas que resolver. No pienses en nada más... Ha sido un accidente.

—Para ti es muy fácil. Pero yo me siento culpable, soy culpable... ¡Oh, Dios! Si pudiera volver atrás...

* * *

... “Cuando llegué, Raúl estaba preparando un pequeño maletín con algunas prendas.

—¿Viajas?

—No creo que eso te importe mucho... Pero sí, viajo. ¡Ah! La próxima semana tenemos cita en el Notario para dejar cerrado todo. La separación y la división de esta casa. Si me das mi parte, te quedas con ella. Si prefieres que me quede yo, no tengo problema en pagarte. También podemos venderla...

—Mejor venderla. No me gustaría que alguna pelandusca disfrutara de ella.

—¿Te refieres a alguien en concreto? —se había puesto en guardia.

—Ya que lo dices, sí, pensaba en ella.

—Ella no es ninguna pelandusca, antes bien que te parecía buena, porque es la mujer de tu amigo. Pronto vá a dejar de serlo. Y será mía, porque así lo hemos decidido. Mal que te pese.

—¿Pesar? —le lancé una risa sardónica, y eso le enfureció más.

—¡Maldita! Eres odiosa...

Se vino hacia mí, con la mano en alto. Descargó el golpe en mi mejilla, haciéndome caer. Yo me refugié en el baño, hasta que lo oí salir.

Desde la ventana ví como se marchaba en el todoterreno hacia el campo, camino del pueblo.

Estuve pensando un buen rato, algo tenía que hacer que le doliera. Tenía que pagar por el daño que me hizo en tantos años, tantas humillaciones, tantos golpes recibidos...

Al mirar hacia las cocheras, ví el Audi.

Aprovechando que María tenía el día libre, bajé hasta el automóvil. Busqué algo para cortar, le iba a destrozar las ruedas.

El odio me cegaba. No discernía la realidad de la fantasía. Te juro que no sabía lo que hacía...

Lo pensé mejor, las ruedas se cambian. Poca venganza era esa. Con el capó levantado, estudié que podía causar más daño...Y corté el tubo del líquido de freno. No pensé en las consecuencias...Sólo quería que sufriera, quizás un golpe que le hiciera perder su querido automóvil...

Nunca imaginé que fuera Mamen quien pagaría por mi locura...

Regresó y cambió el todoterreno por el Audi. Esperó junto a la entrada. Llegó Mamen y dejó su automóvil ahí, donde está ahora, y se marcharon..."

Estaba anonadado con la confesión de Julia.

—Pero... ¿Cómo pudiste hacer eso? La mejor venganza era ser feliz, comenzar otra vida... ¡Dios! Julia, es horrible eso qué dices. No te reconozco...

Julia lloraba, no reaccionaba, hundida en el sillón.

—Habrá que comunicarlo a las Autoridades.

—¡No! Me detendrán, iré a la cárcel, ¡Soy una asesina! ¡No quiero ir a la cárcel! Carlos, por favor, dime que me perdonas...Lo necesito...te necesito...

—Yo...yo estaré a tu lado, te apoyaré en todo, no debes preocuparte —pero algo se estaba rompiendo dentro de mí, lo notaba...—Creo que lo mejor es ir ahora, antes de que los investigadores lo descubran.

Un silencio espeso se adueñó de la estancia...

Julia se levantó, mirándome entre lágrimas.

—¿Tú crees que es lo mejor? Si así consigo que me perdones, vamos...

Cogió su abrigo, abandonado sobre un sillón. Yo me dirigí hacia la puerta...

—¡Carlos, Carlos, te amo!

La detonación sonó seca. Me quedé petrificado. Temí volverme...Decidido, dí media vuelta...

Julia estaba tendida en el suelo: un gran agujero bajo la mandíbula dejaba escapar la sangre a borbotones...En su mano, un pequeño revólver, aún humeante...

De un salto me planté junto a ella y tomé su cabeza entre mis manos. Mis lágrimas caían sobre sus ojos vidriosos, que permanecían abiertos, fija la mirada en el infinito...La sangre iba manchando sus ropas y mis manos, formando un charco bajo nuestros cuerpos...

—¡No! ¡No! ¡No...! —mi grito se ahogó con un trueno que hizo temblar los cristales.

Saqué mi teléfono, los dedos manchados de sangre no podían moverse sobre la pantalla. Me sequé la mano en el pantalón, con rabia, furioso.

Con alguna dificultad, conseguí marcar:

—¿Policía...? Ha ocurrido algo terrible...

*Allí donde hay amor hay vida,
El odio conduce a la destrucción...*

Gandhi

JULIA®

Manuel Pérez

Febrero, 2019

Edición especial Noviembre 2019